

EL COJO ILUSTRADO

Año X

1º DE JUNIO DE 1901

Nº 227

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

UN EGOISTA

Había en él, cuanto es necesario para ser el azote de su familia.

Sin embargo, nació sano y rico. Durante todo el curso de su vida, continuó siendo rico y sano, por lo cual no cometió ningún acto vituperable. No se dejó arrastrar á ninguna falta de palabra ni de obra.

Era exquisitamente honrado, y orgulloso de su honradez, aplastaba con ella á todo el mundo, parientes, amigos y conocidos. La honradez era un capital del que sacaba intereses usurarios.

La honradez le daba derecho á ser implacable y á no hacer sino el bien prescrito, y era implacable y no hacía el bien, porque el bien meramente prescrito no es el bien.

Nunca se había ocupado más que de su propia persona, tan perfecta y ejemplar; y se indignaba muy sinceramente cuando las demás personas no se tomaban por él igual cuidado.

Por supuesto, no creía ser egoísta; vituperaba y escarnecía por encima de todo el egoísmo y los egoístas. Se comprende: ¡el egoísmo ajeno molestaba al suyo!

No creyendo tener la más pequeña debilidad, no comprendía ni perdonaba ninguna debilidad en los otros. En general, no comprendía nada ni á

nadie, pues por todas partes, por arriba y por abajo, por delante y por detrás, estaba rodeado por su propia persona.

Ni siquiera comprendía lo que significaba perdonar: no habiendo nunca tenido nada que perdonarse á sí mismo, ¿por

qué diablo iba á ponerse á perdonar á los demás?

Ante el juicio de su propia conciencia, á la faz de su propio Dios, él, esa mara-

Y repetirá estas palabras en su lecho mortuario; y aun entonces, nada temblará en ese corazón de roca, en ese corazón sin manchas ni grietas.

¡Oh fealdad de la virtud satisfecha de sí misma, inflexible, adquirida á bien poca costa; eres casi tan repulsiva como la franca fealdad del vicio!

IVAN TURGUENEF.

MANCHAS DE COLOR

LA LIBERTAD

La rosa se estremeció de espanto al ver aquel gusano informe.

—¡Ah! ten lástima de mí, dijo éste con acento dolorido, y vuelva el sonrosado color á tus satinados pétalos.... Yo también he sido bello como tú.

—¡Oh! no es posible, exclamó la rosa, herida en su orgullo. ¿Qué parangón puede existir entre un gusano y una flor?

—Es que yo he nacido mariposa, y era más feliz que tú, porque volaba libre por las frondas, bañadas por la luz del sol.... Pero manos despiadadas arrancaron mis alas de oro, y la que ayer fue pompa de los jardines y sonrisa alada de la primavera, es hoy un miserable sér que sólo sirve para asustar á las rosas....

—¡Ah! ¡cuán hermosa debe ser

la libertad! suspiró la flor.

—¡Y cuán terrible su caída desde el éter luminoso al barro inmundo, cuando le arrancan sus alas de oro! gimió el gusano.

CASIMIRO PRIETO.



Artista francesa: Delna, en "Carmen"

EL PADRE DIDON

JESU-CRISTO

JESUS ENTRE LOS SAMARITANOS



SAMARIA debe el nombre que la distingue a su Metrópoli, quien lo tomó de la colina *Chamerón*, donde fue fundada por el rey de Israel Omri, nueve siglos antes de Jesu-Cristo.

La colina misma se llamó también *Chamor*, nombre de uno de los hijos de Canaán.

Tales hechos dan testimonio de cómo se perpetúan los nombres y las tradiciones en aquel inmutable Oriente, donde el hombre, después de haber esperado tanto, no vive sino de recuerdos.

Como consecuencia del destronamiento y destierro de Arquelao, formó Samaria parte de la provincia de Judea, bajo la dependencia directa de los gobernadores romanos.

Aquel país encantador, dividido por valles y montañas que hacen de él un territorio como enclavado entre Judea y Galilea, extiéndose desde la llanura de Saarón hasta la del Jordán; y tiene por límites: al norte, el llano de Jisrael y al mediodía el *ouady* Lubbán.

Pondera Josefo la fertilidad de Samaria, sus frutos, sus pastos, la leche de sus rebaños y la abundancia de sus limpias fuentes.

Hoy en día aún, y a pesar de la desolación de la tierra palestínica, conserva Samaria cierto aspecto risueño que contrasta con el de Judea, austero y duro como su pedregoso suelo.

Las montañas samaritanas presentan líneas puras; las protuberancias del terreno son redondas, los valles amplios, las aguas dan constantes murmullos.

El olivo, cuyo aspecto doliente aumenta en Judea la tristeza de los campos, se transforma en Samaria; y su tronco y sus ramos se enderezan; y su follaje cobra tinte nítido y argentado.

Para todos los habitantes de Palestina, galileos y judíos, eran los samaritanos objeto de odio profundo, antiquísimo, que el tiempo mismo, lejos de apaciguar, había envenenado más y más.

El origen de ello fue el cisma de las diez tribus, causa de la separación del reino de David, seguido luego del destierro y de la caída de Israel.

Samaria, desolada con motivo de la deportación de sus hijos, fue invadida por colonos extranjeros, quienes, a orden de Salmanazar, vinieron de las provincias de Babel, de Cuthra, de Ava, de Hamat y de Sapharvaim a repoblar el país conquistado. Mezclóse con la de aquellos idólatras la sangre de Ephraim; y aunque la ley de Moisés conservara su autoridad entre los samaritanos, los israelitas, rehusando reconocerlos como hijos de Abraham, añadieron el desprecio al odio antiguo, y los llamaron *cutheos*, del nombre de una de las tribus paganas con quienes se habían malcasado.

Cuando los judíos, acaudillados por

Zorobabel, regresaron de Babilonia y pensaron en reconstruir a Jerusalén y el Templo, bajo la inspiración de Esdrás y de Nehemías, rechazaron con indignación el concurso de sus hermanos de ayer.

Crúel fue la injuria; y tanto, que dos siglos después vivía aún en la memoria de los samaritanos.

Manasés, hermano del sumo sacerdote Jadduá, sacando partido de aquel rencor, construyó, previo permiso de Alejandro, en el monte Garizin, un templo rival del Templo de Jerusalén.

El sacrilego atentado redobló la animosidad de los verdaderos judíos contra aquellos que a la herejía de ayer añadían el cisma de hoy.

El templo de Garizin fue destruido por el asmoceo Juan Hircano, en el año 129 antes de Jesu-Cristo; pero sus ruinas subsisten aún, y la montaña, decorada de su santuario, continúa siendo lugar de adoración para los vencidos.

Los raros supervivientes de la secta samaritana le dan hoy mismo al Garizin el nombre de *santo*, de *bendito*; y así como los judíos miran hacia Sión en la hora de la plegaria, vuélvense los samaritanos hacia Garizin.

En el siglo primero, en los días de la predicación de Jesús, las relaciones entre judíos y samaritanos no habían perdido nada de su odiosa hostilidad; hecho que explica la pertinacia de aquella raza en que todo perdura y se recrudece. De suerte que no sin peligro podía transitarse al través de Samaria para ir a Jerusalén; por lo cual muchos galileos se desviaban del camino real, internándose en el valle del Jordán ó atravesando la llanada de Saarón.

Los samaritanos, vengándose del desprecio con la violencia, les negaban hospitalidad.

El ostracismo a que hacia tantos siglos se les condenara, los había mantenido absolutamente extraños al desenvolvimiento de Israel; de modo que su actividad religiosa no se ejercitaba sino en el Pentateuco y acaso en los antiguos profetas, sin que la doctrina farisaica hubiera tenido acceso entre ellos. El único vínculo que en aquellos tiempos los unía con los judíos, era el de esperar como ellos el advenimiento del Mesías, del Gran Profeta anunciado por Moisés.

Ninguna ambición política, ninguna aspiración terrena, alteraba la pureza de esta esperanza, exclusivamente religiosa; porque el Gran Profeta aguardado por los samaritanos, no era como el de los judíos, el Dominador Universal, sino un Enviado semejante a Moisés; un legislador, un reformador, cuyas obras serían del todo morales y espirituales.

Así, pues, los samaritanos no sólo rechazaban la tradición y las observancias religiosas de los doctores judíos, sino, además, las ignoraban.

Nada puede expresar el desdén que los maestros, los ortodoxos rígidos sentían por aquella población, para ellos abominable, y cuyo nombre, que evitaban pronunciar, caía de sus labios como la última de las injurias. El apodo de pagano ó de publicano era menos infamante que el de samaritano.

Tal apodo no dejó de dársele a Jesús, quien, lejos de abrigar los sen-

timientos y las preocupaciones de sus contemporáneos, amaba a los excomulgados de Samaria; por lo cual quiso, al salir de Judea, transitar por el territorio de ellos, sabiendo, como sabía, que en aquel medio, cerrado a la influencia de sus enemigos, encontraría terreno propicio para que germínase la semilla de su palabra.

Y no resultó fallida su esperanza.

La antigua tierra de Canaán está poblada de recuerdos, siendo los más sagrados los que se refieren de cerca a la antigua Sicheim.

Esta ciudad, que traía su nombre del de uno de los caudillos de la tribu hebea, estaba asentada entre el Ebal y el Garizin, en la encrucijada de dos caminos, uno de los cuales pone en comunicación el *mar grande* (1) con el país de allende, y el otro la Mesopotamia y las llanuras de Caldea con Egipto y todo Occidente.

No lejos de allí se encontraba la floresta de encinas de Moreb, donde acampara Abraham; donde oyera el Patriarca de los labios de Dios: *Yo daré esta tierra a tu raza*.

En memoria de aquella su visión, el Padre de los creyentes erigió en dicho sitio una piedra a Jehová.

Jacob, al regresar de Mesopotamia, donde sirvió dos veces siete años a su tío Labán, había levantado allí sus tiendas y erigió también una piedra para ofrecer sacrificios al Omnipotente de Israel.

Compró el Patriarca un campo cerca de Moreb y en él cavó un pozo profundo que diese el agua necesaria para su familia y para sus rebaños; campo donde José, muerto en Egipto, pidió lo sepultasen algún día.

Recordó Moisés las últimas voluntades del grande hombre; y cuando huyó de la tierra de los Faraones, llevó sus huesos hasta los límites de Canaán, habiéndole tocado a Josué depositarlos en el campo comprado por Jacob a los hijos de Chamor el heveo.

También allí, en las pendientes del Heval y del Garizin, ordenó Josué las doce tribus é hizo proclamar las bendiciones y las maldiciones que se leen en el Deuteronomio.

Una vez agrandada Sicheim, llegó a ser la capital del reino de Israel; pero su esplendor se desvaneció presto, como que en los tiempos de Jesús, la metrópoli samaritana era una ciudad nueva construida por Herodes, al poniente de la antigua capital, en el collado que domina la llanura de Saarón, y a la cual llamó Sebasto, del nombre de Augusto, su omnipotente señor feudal.

Sicheim, empero, era tenida siempre en veneración por sus recuerdos históricos; y su situación privilegiada cercana a las dos vías que forman las principales líneas de comunicación entre el oriente y el occidente y entre el norte y el mediodía, le valió alta importancia comercial. Los judíos la llamaban desdeñosamente *sychar*. (2)

(1) Expresión usada por los escritores hebreos para designar el Mar mediterráneo.

(2) Apodo injurioso que significa *mentira*, del hebreo *seger*: ó *borracho*, de *sicor*, también del hebreo.

Cuando Jesús volvía de Judea á Galilea, siguiendo el mismo camino que había visto pasar á Abrahán y á Jacob, detúvose justamente cerca de Sichem, la ciudad desdeñada, en el campo dado por Jacob á su hijo José, junto al pozo cavado por el Patriarca.

El Salvador, fatigado á causa del viaje, sentóse sobre el brocal del pozo.

Corría la estación del invierno, á mediados de diciembre, y era mediodía, ó sea: la hora sexta según los orientales.

Los discípulos habían ido á la ciudad en busca de víveres y el Maestro quedó solo.

A juzgar por su aspecto, parecía esperar algo.

Y vino una mujer de Samaria á sacar agua.

Jesús le dijo: «Dame de beber».

A lo que ella, reconociendo en el habla al judío, y desentendiéndose de lo demás: «¿Cómo», le dijo admirada, «siendo tú judío me pides de beber á mí que soy mujer samaritana? Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos».

Respondió Jesús y le dijo: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice:—«Dame de beber», tú, «de cierto, le pedirías á El y te daría agua viva».

La enigmática frase sorprendió á la samaritana y despertó su curiosidad.

«Señor», le dijo, «no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?»

«¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, quien nos dio este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos, y sus ganados?»

Jesús, prosiguiendo en el propósito de redimir aquella mujer, le respondió: «Todo aquel que beba de esta agua volverá á tener sed; mas, el que bebiere del agua que yo le daré, jamás tendrá sed. Porque el agua que yo le daré se hará en él una fuente viva que saltará hasta la vida eterna».

La mujer, más curiosa que ilustrada, le dijo con viveza: «Señor: dame de esa agua para que no tenga sed, ni venga aquí á sacarla».

Viendo Jesús que la Samaritana no había comprendido el sentido de sus palabras, á fin de abrirle los ojos, quiso penetrar en su conciencia; porque es allí donde debe llamarse para que el alma se despierte y comprenda á Dios.

«Vé», le dijo, «llama á tu marido y vuelve aquí».

La frase envolvía profunda intención.

La mujer, pues, tratando de salir del apuro por medio de alguna respuesta ambigua que la descubriese, ni expresase una mentira, respondió: «No tengo marido».

Jesús le dijo: «Bien has dicho: «No tengo marido»; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido: esto has dicho con verdad».

«Señor», exclamó la mujer al verse adivinada, «veo que tú eres profeta».

E inmediatamente iluminóse el entendimiento; y: «Nuestros padres», añadió, señalando el monte Garizín, «adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde debe adorarse».

Jesús le dijo: «Mujer: créeme, que

«viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salud viene de los judíos. Mas, viene la hora; y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad. Porque el Padre también busca tales adoradores. Dios es Espíritu; y es menester que aquéllos que lo adoran lo adoren en Espíritu y en Verdad».

Y dijo la mujer, expresando una idea ya popular: «Yo sé que viene el Mesías (que se llama Cristo)».

Y como deseosa de obtener la respuesta que satisficiera su simplicidad: «Cuando El venga», añadió, «nos declarará todas las cosas».

Jesús, al ver aquella alma abierta á la fe: «El Mesías», le dijo, «soy yo que hablo contigo.»

—

El encuentro con aquella mujer en el pozo de Jacob, el haberle pedido un vaso de agua; el coloquio con ella, aquellos tan ordinarios incidentes de la vida, presentáronle ocasión á Jesús para manifestarse por sí mismo, con sublime, conmovedora intimidad.

El es el Cristo, el que viene, el que aguardan samaritanos y judíos: la esperanza de la humanidad.

Y El mismo se descubre con una pectoral á quien su presencia ha transformado; á quien su palabra acaba de iniciar en los misterios de la vida eterna. Y cuando tal hace, se dice á sí propio *Don de Dios*: Don que regalará á quienquiera desee poseerlo; y lo llama *agua viva*, tomando el símil de la misma agua que pidió á la pecadora samaritana.

Y ¿cuál es este Espíritu? ¿de dónde procede? ¿á dónde va? Impenetrable por su naturaleza, no se conoce sino por sus efectos; porque llega á ser en el alma de los creyentes fuente bullidora; única fuente que apaga la sed de las aspiraciones infinitas. Como las fuentes terrestres cuyas aguas se mantienen á la altura del primitivo manantial, el agua viva del Espíritu fluye de Dios, bulle en la conciencia del hombre y va á perderse en Dios. Regalar esta agua viva, ved ahí la función propia del Mesías: El es el verdadero pozo de Jacob cavado por Dios mismo en la encrucijada de los caminos por donde transita la muchedumbre humana.

De este modo funda Jesús la religión eterna, el culto en Espíritu y en Verdad.

En lo adelante no más Jerusalén, no más Garizín; El es el único Templo; y este Templo existe en el alma del hombre habitada por el Espíritu que adora á Dios con el mismo Espíritu de amor y de verdad.

Este templo es la Iglesia de Dios y su Reino.

—

Evangelizaba aún Jesús á la Samaritana, cuando regresaron de la ciudad los discípulos, quienes se admiraron al verlo conversar de aquella manera con una mujer; porque los judíos acostumbraban tratarlas con tal desprecio, que ni las saludaban, ni hablaban con ninguna en público, aun

siendo la esposa. Los rabinos llevaban la exageración de tan severos usos hasta el extremo de negar toda instrucción á la mujer. «Echad al fuego», decían, con áspero orgullo, «las palabras de la Ley, antes que comunicárselas á la mujer».

De ahí la admiración de los discípulos, imbuidos también en tales preocupaciones.

Era tal, sin embargo, el respeto religioso por el Maestro, que ninguno de ellos osó manifestar sorpresa, ni aventuró en el caso la menor reflexión, ni demostró siquiera curiosidad de inquirir lo que conversaba Jesús con la pecadora de Samaria.

En cumplimiento de altísima ley y con escándalo de los fariseos, no se cuidaba El de las tradiciones humanas, ni vacilaba en pasar por sobre ellas, siempre que contrariaban su Obra; y con soberana iniciativa, ya fuera que hablase, ya que procediese; aun en las circunstancias comunes de la vida, no sólo se sustraía del medio social en que vivía, sino, además, dominaba los tiempos. Nunca se sorprende en El al judío con sus pequeñeces y sus peculiaridades: El es el Hijo del hombre, que da testimonio de la Belleza eterna y de la eterna Verdad, como que sus actos imponen costumbres nuevas y sus discursos ilustran la razón con verdades sobrehumanas, iniciándola en los impenetrables secretos de Dios.

Aquella conversación con una mujer, y con una mujer extraviada, junto al pozo Jacob, constituye uno de los testimonios más conmovedores de la bondad y de la misericordia de Jesús, quien se deja ver ya como el buen pastor que trae al rebaño la oveja perdida. Los débiles, los errantes, los despreciables, son los destinados á entrar en el aprisco de Jesu-Cristo, con tanto mayor razón, cuanto para ello la miseria es título. Ni ¿qué voz podrá decir cuánta devoción, cuánta honra debe la mujer á aquella samaritana, no desdeñada por el Maestro para pedirle de beber, y con la cual platica acerca del agua misteriosa que refrigera á los que como ella, abrasados de dolor, tienen sed ardentísima de consolaciones eternas?

A la llegada de los discípulos, aléjase la Samaritana; y no sin dejar su urna llena de agua para la cena de los viajeros, se encamina á la ciudad, profundamente conmovida.

A la mujer le es necesario comunicar lo que interiormente la agita; le es necesario publicarlo; lo cual asegura á Jesús que sus discursos se repetirán en Sichem.

«Venid y ved», decía la Samaritana á cuántos por el camino transitaban: «He encontrado en el pozo de Jacob un hombre que me ha relatado toda mi vida: acaso sea el Mesías».

La idea de que el gran Profeta pudiera estar allí, puso en conmoción la ciudad.

Quiénes conozcan el Oriente, siempre instable; tan curioso de novedades, y sobre todo de novedades religiosas, no extrañarán el efecto producido por el simple dicho de una mujer.

Los habitantes de Sichem salieron, pues, de la ciudad y se encaminaron al pozo del Patriarca.

Jesús, en tanto, permanecía sentado,

absorto; rendido, no por la fatiga del viaje sino por el peso de la Obra cuya realización se le encomendara, y que su Padre acababa de inaugurar en Samaria.

No comió; y como los discípulos le instasen á ello, diciéndole: «Maestro, ¿come, te lo rogamos»; rehusó hacerlo, diciéndoles: «Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros «no conocéis».

Los discípulos no osaron insistir; mas, sin sospechar siquiera la idea íntima de Jesús, decíanse por lo bajo unos á otros: «¿Por ventura le habrá traído «alguien qué comer?»

Jesús se apresuró á desengañarlos. «Mi comida», añadió, «es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado, «y dar cumplimiento á su Obra».

Mientras más se eleva el hombre sobre el nivel común, con mayor facilidad se sustrae á la tiranía de las necesidades materiales; porque si el cuerpo vive de lo humano, el alma se alimenta de lo divino; y una vez saciada, sostiene el cuerpo para que no destallezca y caiga.

El sentimiento del deber en su forma más alta y más pura constituía la actividad de Jesús; el verbo de Dios formulaba para El los dictados de la conciencia; y en obedecerle consistía su vida.

El hombre, siempre falible, distraído, incierto, inconstante, cede á la atracción de sus voluntades y sucumbe bajo el peso del sacrificio; al paso que Jesús, á quien los impone heroicos la voluntad de Dios, conviértelos en elementos de vida. Pero aun así, aun en las pruebas más dolorosas, la voluntad del Padre abunda en dulzura; y después de las primeras dificultades contra las que se estrellara Jesús en Jerusalén y en Judea; hé aquí que en Samaria, tierra despreciada, conmuevese y va á El una ciudad entera.

En efecto: cuando habla acerca de lo que constituye su alimento, vuélvese hacia Sichem, cuyos habitantes van á El; y viéndolos ya próximos, interpeló á sus discípulos diciéndoles: «¿No decis vosotros: Dentro de cuatro meses estaremos en la siega? Pues «yo os digo: Abrid los ojos, tendad «la vista por los campos, y ved ya las «mieses blancas y á punto de segarse».

Aquella muchedumbre de samaritanos antojábasele campo maduro, por lo cual al verlos llegar experimenta estremecimientos de alegría.

«Feliz el segador» añade. «El que «siega recibe su jornal y allega fruto para la vida eterna: para que se «gocen á una el que siembra y el «que siega. Porque, es necesario reconocerlo: uno es el que siembra y «ótro el que siega. El Padre ha dividido la tarea. Yo os he enviado á «segar lo que vosotros no labrasteis: «ótro los labraron y vosotros habéis «entrado en sus labores».

Referíase Jesús á los patriarcas y á los profetas, cuya palabra, caída en la tierra como simiente divina, habia dormido largos siglos, para aparecer hoy, subitáneamente, á la voz y á la acción del Maestro, convertida en cosecha madura y ya á punto de caer bajo la hoz de los discípulos.

Poseídos de entusiasmo acogieron los sichemitas á Jesús y le rogaron permaneciese algún tiempo con ellos; á lo cual accedió el Maestro, demorándose dos días en la ciudad.

Las preocupaciones hostiles no tardaron en desvanecerse.

El relato sumario de san Juan no nos da ningún pormenor acerca de la evangelización en la ciudad de Sichem. Sábese, empero, que el resultado de ella fue extraordinario.

Si bastó el simple testimonio de una mujer para que muchos creyeran en Jesús, cuando vieron y escucharon al Maestro, muchísimos más reconocieron en El el Mesías esperado.

No se pidieron señales ni milagros como en Jerusalén y en Judea; porque aquella raza despreciada, aquellos excomulgados por los judíos, sólo necesitaban oír á Jesús para creer en El y pertenecerle.

Es probable que el Maestro les revelase, como á la Samaritana, el misterio de su naturaleza mesiánica y de su Reino, á cuyo hogar están llamados todos los hombres, sin distinciones de raza ni de pueblos; sin otra condición sino la de creer en la palabra divina.

Y así quedaron redimidos del desdén secular con que los oprimían los judíos.

Los samaritanos, por su parte, creyendo en Moisés, como creían, creyeron también en el Profeta cuyo advenimiento anunciara Moisés; y vieron en El el Salvador del mundo.

El apostolado en Samaria fue causa de santa alegría para Jesús, quien no encontró en esta vez ninguna oposición, ni se estrelló contra la barrera de las preocupaciones ó de las vanas doctrinas, de la curiosidad humana ó de las meras fórmulas; ni se vió detenido por ningún poder insidioso que intentase exigirle las credenciales de su autoridad; ni fariseo alguno opuso á su palabra las argucias de una ciencia soberbia; ni exaltadas multitudes le exigieron que obrase milagros.

En ello debió ver un presagio del porvenir reservado á su doctrina, el día en que, traspasando los estrechos límites de Judea, invadiera por completo el mundo pagano. Aquella pobre cosecha era segura promesa de otra grande; porque el Reino de Jesús pertenece á los humildes y á los desheredados, á los pequeños y á los pobres, á los hambrientos y á los sedientos; porque el acceso á él es tanto más fácil cuanto mayor ha sido el infortunio.

Y lo prueba la corta carrera del Mesías.

Samaria lo acoge mejor que Galilea, Galilea mejor que Judea, la campiña judaica mejor que la Metrópoli, el pueblo mejor que los doctores, los doctores mejor que los jerarcas, los ignorantes mejor que los letrados, los pecadores mejor que los pretensos justos, los paganos mejor que los judíos. Porque es ley en la altísima, saludable Obra realizada por Jesu-Cristo, la de perpetuarse y verificarse siempre en la no interrumpida serie del tiempo; ni importa que el hombre crea y se deleite en sí mismo, en su fuerza, en su ciencia, en sus falsas virtudes

y se haga cada vez más refractario á la acción de Jesús: llega el día en que quebrantado por el dolor, agobiado por el peso de su propia miseria, siente y reconoce dentro de sí mismo, como los samaritanos, al verdadero Salvador del mundo.

De la ciudad evangelizada por Jesús no queda sino una miserable aldeita llamada *Balata*.

Desde los días de Vespasiano, Sichem se había extendido hacia el Oeste y cambiado su antiguo nombre por el de ciudad *Flavia*, hoy día *Naplusa*; pero cierta tradición permanente y universal ha conservado el recuerdo de la tumba de José y del campo de Jacob. El pozo, cuya celebridad se debe más á las palabras de Jesús que al Patriarca mismo, se conserva aún tal como era, y recibe en gran parte las aguas invernales. Mal cubierto por una bóveda casi desfondada, deja ver el orificio primitivo, no obstante las ruinas que lo cercan; y cinco rotas columnas graníticas, festonadas de altas yerbas y esparcidas y sepultadas bajo los escombros, atestiguan la fe piadosa de los primeros cristianos que quisieron honrar el sitio donde dijo Jesús:

«Tiempo vendrá en que no adoraréis ya ni en Garizin, ni en Jerusalén, sino en todas partes, en Espíritu «y en Verdad».

El rincón de tierra que escuchó estas palabras no las ha conservado; ni el Garizin ni el Ebal las devuelven en eco sobre aquella naturaleza muerta, aunque inundada de luz; ni el musulmán, que pasa de tránsito cerca del agostado pozo, conoce á Aquél que se sentó allí un día y redimió á sus abuelos de Oriente y á sus compañeros de Occidente de la servidumbre en que él mismo gime todavía. Para que el campo de Jacob escuche nuevamente las palabras de Jesús, ha de llevarseles de Occidente, á donde volaron, alguna alma cristiana.

Porque las palabras del maestro son Espíritu y Vida, sin que, por tanto, puedan limitarse en el tiempo ni en el espacio; el universo las escuchó y las oye aún más clara y distintamente que los Samaritanos y los sichemitas; el valle encerrado entre el Ebal y el Garizin vino estrecho para ellas; y trasponiéndolo, y derramándose sobre toda la tierra, suscitan por millares los adoradores en Espíritu y en Verdad, que son los preferidos del Padre.

Después de haber estado dos días en Sichem, continuó Jesús su viaje á Galilea.

El recuerdo de la acogida tan llena de fe que de aquellos extranjeros, de aquellos semi-paganos recibiera, no se apartaba de él ni dejaba de conmovirlo; así que, al regresar á su país, al verse entre los suyos, donde su destino mesiánico le imponía mayor actividad, meditaba naturalmente en las dificultades que le esperaban, en los rechazos que provocaría y habia experimentado ya; en Jerusalén con sus moradores duros y violentos. Poseído de tristeza, comparaba á los samari-



NORUEGA : Calle de Carlos Yohans y Palacio Real

tanos con los judíos; á los que dejaba con aquéllos á quienes solícito corría; y no cesaba de repetir á sus discípulos estas palabras, que se le venían constantemente á los labios: «Sólo en «su patria no alcanza honores el pro-«feta».

Galilea, sin embargo, no había permanecido extraña ni indiferente á la fama, siempre en aumento, de Jesús.

La manifestación tan brillante del Maestro en la Metrópoli, el triunfo de su apostolado entre los campesinos de Judea, las señales extraordinarias que comprobaban su influencia y su acción; todo contribuía á darle celebridad entre sus compatriotas.

Muchísimos, por otra parte, habían podido ver con sus propios ojos el poder del taumaturgo; y esto, sobre todo, impresionaba los ánimos, ávidos de presenciar maravillas.

Semejante estado moral entristecía á Jesús, quien reprochaba aquella inclinación, aquel atractivo vehemente por el milagro, viendo en ello egoísmos secretos, exigencias exóticas, falta de fe, curiosidad culpable.

«Si no veis», les decía en tono de reproche, «si no veis milagros y prodigios no creéis».

Ello no obstante, la fama que por

todas partes lo precedía le granjeó favorable acogida entre los galileos.

Separóse por esta vez la reducida caravana, volviendo los discípulos cada cual á su pueblo; unos á Caná, otros á Betsaida y á Cafarnaún.

Por lo que hace al Maestro, es probable que no fuera á Nazaret, y evitara ahora hacerlo, como en su primer regreso, á causa de motivos no ignorados.

Retiróse á Caná donde su madre debía habitar aún en compañía de parientes y amigos.

Gracias á la dispersión de los discípulos, la nueva de la llegada de Jesús no tardó en propagarse por las provincias y particularmente en Cafarnaún, residencia de Pedro.

Cierto hecho ruidoso vino á acrecentar la gloria del Profeta de Galilea y á llevar su nombre hasta la corte de Herodes Antipas. Y fue: que como uno de los oficiales del Tetrarca, también residente en Cafarnaún, tuviera enfermo alguno de sus hijos, y supiese que Jesús había regresado á Galilea y se encontraba en Caná, dirigióse á El y le suplicó pasase á

Cafarnaún, á fin de salvar al enfermo, ya agonizante.

Los mensajes, las visitas, las embajadas, revisten cierta solemnidad en los países orientales; circunstancias desde luego imprescindibles en este caso; siendo de suponer que el alto personaje presente ante Jesús, debió llevar escolta y entrar con ella en la morada del Profeta.

Jesús en el primer momento no dió muestras de acoger la súplica, porque comprendió que no al Mesías se buscaba en El, sino al hombre de los milagros, al curandero de las dolencias materiales; y esta especie de fe no lo conmovió. Sin tener en cuenta el dolor del padre suplicante, pero como verdadero Salvador preocupado más por la salud del alma que por la del cuerpo: «¿Cuál es vuestra fé?» exclamó: «necesitáis siempre milagros «y prodigios, ó de lo contrario no «creéis en mí».

El tono de reproche acrecentó el dolor del padre, quien le dijo con instancia: «¡Señor! ven á mi casa antes de que mi hijo muera». Jesús, ya conmovido, le dijo: «Vé: tu hijo vive».

Como se ve, la palabra de Jesús penetraba siempre en el alma de cuántos la oían.

Este pasaje pone de manifiesto cómo

y con qué arte sabía el Maestro provocar la confianza absoluta; porque El ama á los cándidos que, aun antes de ver milagros, van á El llevados por movimiento espontáneo, y creen en El con fe primitiva.

A fin de inspirar confianza al Consejero de Herodes, asegúrale que su hijo ha sido curado; y el Consejero, aun antes de ver confirmadas tales palabras, sin vacilación, sin reserva, cree en lo que le dice Jesús: tiene fe, fe plena, y vuela á su casa.

Y sucedió que cuando iba de camino hacia Cafarnaún, vió venir á él algunos de sus domésticos, impacientes por anunciarle la feliz nueva de que su hijo vivía; y como quisiese saber á qué hora quedara curado: «La fiebre lo dejó á la hora séptima», le respondieron.

Comprobó entonces el padre la coincidencia, pues precisamente en la hora aquella fue cuando le dijo Jesús: «Vé: tu hijo vive».

La familia del Consejero creyó en el nuevo Profeta.

Este milagro debía resonar poderosamente, porque si es verdad que lo acaecido entre las muchedumbres no siempre llega hasta los poderosos, y se pierde en la obscuridad del pueblo: los hechos que tienen relación con los grandes, participan de la importancia y del respeto de éstos.

Esta curación, efectuada inmediatamente, es una imposibilidad humana, pero no por eso deja de ser un hecho divino.

El crítico que refiere los sucesos históricos á las energías materiales, rechaza la curación; pero el que los juzga tales como ellos son en sí, es decir: refiriéndolos á Dios, la acepta como testimonio de la virtud infinita del Altísimo. El primero los restringe y los mutila; el segundo, prescindiendo de sí mismo en presencia del Poder soberano que gobierna el Universo, los acepta y los engrandece.

Este milagro será el primero de los que Jesús multiplicará en la tierra galilea, cuando viva de asiento en ella; y cuanto más reservada y misteriosamente se verificó el de Caná, con mayor ruido resonará el milagro de Cafarnaún, pues importa que las conciencias se preparen lentamente para recibir la acción que sobre ellas ejercerá Jesús.

Nada contribuirá á ello con tanta eficacia como las obras en que resalte la unión estrecha, absoluta de Jesús con su Padre; pues si el Hijo promete lo imposible en el sentido humano de la palabra, lo realiza por virtud divina para bién de aquéllos que, á ejemplo del Cafarnaíta, prestan fe absoluta á sus promesas.

La permanencia de Jesús en Galilea después de este segundo viaje, se prolongó desde el mes de diciembre de 786, hasta cierta fiesta cuyo nombre no se dice en el cuarto Evangelio, pero que se supone ser la de *Purim* ó de *Las suertes*, celebrada en el mes de *adar*, correspondiente á nuestro febrero, ó sea: dos meses antes de la Pascua. Y como Jerusalén y todo Judea servían de centro á la actividad de Jesús, con ocasión de la referida

solemnidad, trasladóse éste á la Metrópoli.

Ignóranse absolutamente los pormenores relativos á los días que antecederían á este viaje.

Es probable que visitara entonces á sus discípulos de Betania y de Cafarnaún y diese allí algunas señales de su misión; pero aquellos días son páginas en blanco que no por falta de documentos deben llenarse con suposiciones.

También se ignora quiénes lo acompañaron á Jerusalén.

Cuanto puede afirmarse, según el testimonio de san Juan, es que el nuevo viaje de Jesús á la ciudad de David tuvo decisiva importancia en la obra evangélica.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

LA NOVELA EN VENEZUELA

«ÍDOLOS ROTOS», POR MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Ah! Señor, la novela es un espejo que se pasea por un camino real; ora refleja el azul de los cielos, ora el fango de los pantanos. Y acusáis de inmoral al hombre que lleva el espejo! Su espejo muestra el fango y vosotros acusáis el espejo! Acusad, más bien, el camino donde está el pantano ó, mejor aún, al inspector de caminos que deja que el agua se pudra y se forme el lodazal.

STENDHAL.



Podría asegurarse que, hasta el presente, Díaz Rodríguez había consagrado las fuerzas vivas de su alma al culto de una fórmula, la esplendorosa fórmula del arte por el arte. Las ideas habían lucido en la armonía de su frase como una nota más y resplandecido en medio á la polieromía de su estilo como un esmalte pudoroso. Ninguna fórmula más consona con las ambiciones y los gustos de un verdadero artista que la fórmula dicha. Merced á ella se logra ascender por grados insensibles y sufriendo dolorosas iniciaciones hasta los cielos más altos de lo bello; gracias á ella, y por virtud de un perfeccionamiento gradual, es posible alcanzar los secretos más hondos de la sensibilidad. Desde lo infinito de su altura —torre de marfil, calado mirador de un palacio de hadas— se contemplan las cosas y los seres como al través de una lente maravillosa; y el mundo es entonces regalo de los sentidos, suave torrente en cuyas ondas rumorosas hallan paz y olvido las almas.

Pero no es raro ver cómo esos artistas, orgullosos habitantes de cumbres, bajan hasta lo más profundo de la sima en solicitud de dolores, de miserias y de fealdades. Generalmente, el alma de ellos se desdobra entonces en otra alma, no menos rara y aristocrática, en la de aquellos que viven sorprendiendo las palpitaciones de la humanidad para trazar con ánimo sereno el curso de los sucesos, y desentrañar, impasibles, las causas de los fenómenos.

Debido á esa extraña conjunción llega á realizarse otra fórmula—la del arte por la vida—tanto más fecunda cuanto que viene á ser el producto feliz de todo lo que es bello y de todo lo que es verdadero. En los desarrollos ulteriores de que es susceptible consigue demostrarnos su grande utilidad. Mirado en sí mismo, el arte es el instrumento más poderoso de cultura; la lira de Orfeo continúa llenando los espacios con sus músicas, y al eco de esas músicas

los hombres van dejando las rudezas del alma, las torpes pasiones primeras. Mas no es sólo desde el punto de vista ideal, como podemos sentir y apreciar la gran virtud que esa fórmula encierra. Por razón de su extrema y exquisita sensibilidad, el artista se encuentra en favorable disposición para advertir antes que nadie las corrientes subterráneas que minan las colectividades; lo malo, lo injusto, lo mentiroso, lo cruel, es á sus ojos tan chocante como lo feo, y su alma, hecha á cantar, lleva el alarma antes que al cerebro al corazón. Así, el artista puede, de continuo, convertirse en vidente, en profeta; el hábito de ver y el método que pone en tal operación, lo habilita á servir de abanderado en todos los ejércitos que van al porvenir, á ser precursor de toda reforma, á ser padre de cualquiera propósito generoso. Andando el tiempo, la ciencia tendrá en el arte su mejor aliado y su más segura fuente; por vía de información, el hombre de ciencia dirigirá sus miradas á la casa del artista, convertida de esta suerte en laboratorio de gérmenes vitales.

¿Será preciso hablar aquí, después que los maestros lo hicieron amplia y metódicamente, de la armonía que reina entre las distintas manifestaciones de la inteligencia en un momento histórico cualquiera? Sabido es que el criterio del hombre de ciencia no es guiado hoy sino por el afán de descubrir una verdad, de fijar una ley; y que poco le importa que la verdad demostrada vaya contra el muro secular de los prejuicios, ni que, derrumbando altares, sepultando ídolos, ahuyentando fantasmas consiga transformar el alma de las cosas. Toda su misión se reduce á consignar la expresión justa y cabal de la realidad, á fin de que de su seno brote, fresca y pura, la enseñanza que ha menester el hombre para ajustar su existencia á los principios que regulan la vida universal. Y como la armonía apuntada no puede romperse, los verdaderos artistas de la época, al elegir la materia que habrán de animar con el soplo fecundante de lo ideal, no han de parar mientes ni en el cosquilleo que pueda causar á cierta gente el olor de perfumes refinados, ni en el sonrojo que pudiera llevar á unas mejillas que palidecieron por obra de la maldad ó la impotencia, la evocación fiel del mundo que nos rodea y casi nos agobia.

No hace mucho que un joven filósofo italiano aseguraba, con sobra de razones, que ese sorprendente florecimiento de la ciencia penal y de la ciencia económica ocurrido en su patria en los últimos años, debíase principalmente á las proporciones alarmantes que allí alcanzaban el problema de la delincuencia y el de las finanzas. (1) Como tales fenómenos constituyesen un peligro grandísimo para la existencia misma del reino, las mejores energías hubieron de entregarse á una investigación minuciosa y paciente en beneficio de la cual no se sacrificaron ni el puntillo de honor, ni el orgullo nativo, ni el recuerdo imperecedero de un pasado glorioso; ni siquiera el temor de aparecer ante el extraño como cínicos exhibidores de un inmundó ejército de malhechores y de hambrientos. La obra, inspirada por la verdad y por la vida, reclamada con ese imperio que sobre la inteligencia ejerce el hecho repetido, constante, fué más allá de la aspiración de los nobles obreros; y lo que en un principio creyóse sería de beneficio único para el conciudadano infeliz, vino á ser, por la virtualidad misma que encierra toda labor excelsa, de incalculable bien para la humanidad. Tímida, incierta, fue esa obra

(1) Dante Veroni. *Les conditions sociales de l'Italie en rapport avec le développement de la sociologie. Revue Internationale de Sociologie. Janvier, 1901.*



LA AGUADA: Guardatintajas

en sus comienzos; asequible tan sólo al vecedor, la turba farisaica pidió el castigo de los osados, y maldijo sus nombres, y los señaló al desprecio y á la burla. Hoy, los hechos han triunfado y las ideas, penetrando en los cerebros, han hecho palpable el inmenso beneficio de la luz.

Por lo demás, la literatura ha vivido de continuo de los elementos todos que constituyen una época; á tal punto, que cuando hoy queremos reconstruir con precisión un medio desaparecido, es al arsenal que dejaron los artistas á donde en primer término acudimos. No nos podemos sustraer á ese conjunto de ideas, de sentimientos, de verdades, de prejuicios, de hábitos que vienen á ser como el alma de una ciudad ó un pueblo, y que viven de presente en cada uno de los individuos que concurren á formarlos. Y esa sustracción es tanto más imposible al tratar ó al hablar del pueblo ó la ciudad, cuanto que, en la actualidad, la afición instintiva deja de serlo para convertirse en labor consciente, cuyos excelentes resultados aseguran de antemano el razonamiento y la experiencia.

Por eso no es extraño, ni mucho menos, signo de decadencia ó esterilidad, el que los escritores pertenecientes á un momento histórico dado consagren sus fuerzas todas al estudio de cierto orden de fenómenos, ó el que uno de los diversos géneros literarios se inspire preferentemente en determinados hechos.

Así la novela venezolana de los últimos años. No es difícil observar que al través de sus páginas ha venido palpitando, con palpitaciones que convidan á la reflexión ó á la enmienda, una imagen de la patria, triste y desventurada. Esa observación data desde *Peonia*, que al propio tiempo que la iniciación de un alma nueva en el campo

literario, es la enérgica, la brillante revelación de muchas facetas de nuestro carácter; desde las novelas de Picón Febres, el minucioso y atildado observador de nuestras clases populares, y puede proseguirse, así en la vibrante, en la tempestuosa *Mimí* de Cabrera Malo, en el doloroso *Todo un pueblo* de Pardo, como en la primera novela de Díaz Rodríguez. ¿Pequeñez de alma, falta de amor al terruño ó espíritu de falsa y mal entendida originalidad, es esa tendencia de la gente nueva; ó simplemente la comprobación de cuanto al principio dijimos acerca de la que pudiéramos llamar tiranía de los hechos diarios sobre la inteligencia ilustrada; la prueba cabal de esa obligación que contraen para con la verdad y con la vida así el literato como el hombre de ciencia?

Quienquiera que se dé á las faenas de la crítica con aquella probidad y aquella serena conciencia que puso siempre por obra el gran maestro Taine, habrá de convenir en lo último; y así, lejos de irse por caminos que al juzgador le están vedados, puesto que el crítico ha dejado de ser ya uno como dios bíblico, terrífico y sombrío, le será fácil realizar obra estimable por más de un respecto. A quien proceda de esta suerte, le será fácil comprender no tan sólo la capacidad de observación que el novelista demuestra, hasta qué punto y de qué modo han podido conmover su alma las cosas que relata, sino también, y lo que es más, qué poder, qué fuerza representan esas cosas en la vida de que es reflejo el libro.

El valor cabal de esas fórmulas, cuyo estudio debe por modo exclusivo atormentar al crítico, comienza por encontrarse en la propia obra, y halla su comprobación más espléndida en una multitud de fuentes que se andan á los ojos de todos pregonando ver-

dades, delatando secretos, publicando ruindades y miserias, bellas acciones y torpes apetitos: en los libros del mismo género dados ya á la estampa; en las opiniones de los conductores sociales, así políticos y religiosos, como científicos y artísticos; en la voz de la prensa; en los mensajes, en las memorias, en los manifiestos, en los discursos de cuantos dirigen ó aspiran á dirigir el país; en las declaraciones de los jueces y en el concepto que tienen de la justicia; en la acepción que el léxico criollo asigna á cada una de esas palabras sobre las cuales descansa todo orden moral; en el clamor público, que de ordinario convierte en frase azás lacónica y profunda, como que es síntesis de un análisis vario, su modo de pensar y de sentir acerca de una época.

Si hubiésemos de juzgar las opiniones que vierten los personajes de una novela á la luz de un criterio ético-patriótico, tocaría quizás al novelista la pena más leve. Si de escándalo se habla, los primeros culpables fueron ó quienes dieron lugar á él, ó quienes lo llevaron á cabo, ó quienes en corrillos y periódicos se ocuparon de él, no el novelista; si de indiscreción, la cometió en todo caso quien lanzó la especie y de algún modo la dio á conocer, no quien se limitó á copiar. Además, como el criterio popular tiene sus ídolos cuyas opiniones acepta como voces de oráculo, como esos ídolos fueron los primeros en escandalizar y alarmar, y como á ellos debemos muchas de nuestras creencias más arraigadas—cosas de la herencia y de la imitación—y hasta la manera de opinar sobre algunos asuntos, vendríamos al fin á parar en que el inmundo, el cruel, el despiadado novelista es mansa paloma de alma y plumaje cándidos.

Leed los postreros conceptos del Libertador; recorred nuestros documentos oficiales;

pesad bien la palabra de nuestros primeros magistrados; haced memoria de tanto programa de gobierno, ricos todos en promesas tendientes á destruir el mal, el hondo é inveterado mal; releed los discursos pronunciados y los mensajes leídos en el seno de nuestras constituyentes y de nuestras cámaras; considerad todas las protestas, todos los manifiestos revolucionarios. Allí encontraréis formidables, agrandado, el mundo que reproducen las novelas; de allí brotan, quizás no tan apasionadas, quizás no tan airadas, las opiniones que Romero-garcía, Picón Febres, Cabrerá Malo, Parado y Díaz Rodríguez, ponen en boca de los personajes de sus libros. Y si después de esto todavía os asombran los gritos que el dolor arranca, que la injusticia enciende y la maldad engendra, acercaos á todos los grupos que se forman en calles, plazas, templos y salones; en todos oiréis, pronunciada con el mismo tono y la misma firmeza, la frase fatídica, la frase pavorosa con que ponemos fin á nuestras divagaciones y á nuestros juicios: «esto se acabó;» «esto nadie lo compone.»

El novelista, que como hombre es partícipe del mundo social que reproduce, busca, no ya en los rincones de la propia conciencia sino en los espacios bien conocidos de la conciencia colectiva, los elementos todos que han de dar vida á su obra. En este sentido, es decir, cuando el libro guarda estrecha relación con ese cúmulo de opiniones, de sucesos, de ideas, de hábitos y fundamentos enumerados, bien puede decirse que, antes que capricho ó invento, es simple imposición del ambiente, la resultante necesaria de las diversas fuerzas que convergen sobre la criatura dándole fisonomía de época. Por virtud de este proceso natural, la verdad nace de por sí, sin mayor esfuerzo; de tal modo, que sería necedad

buscar por entre el hueco de las letras alguna oculta tesis ó cualquiera otro motivo que no fuese el firmísimo propósito de ser fiel á lo real. Puede el novelista, en este caso, decir con Miguel de Montaigne: *je n'enseigne point, je raconte*; y lejos de ser infame ó cruel, su labor tendría la inapre-

á ver en la novela de Díaz Rodríguez la condensación de muchos esfuerzos anteriores, la cristalización de muchas ideas diseminadas, el clamor orquestal de todos los singulares sollozos, de todas las aisladas y quejumbrosas músicas que, reflexiva y á la postre inconscientemente, exhala la graade alma nacional. Culpar al novelista porque tal haga, sería culparnos á nosotros mismos y á cuantos nos precedieron; sería como huír aterrados al contemplar el remedio, por el solo hecho de que el remedio amarga; sería como huír de la luz y pedir sombras, muchas sombras, á fin de que llegase el día en que, con la del mal, perdiésemos, en medio á la orfandad y las tinieblas, la noción y la conciencia de nosotros mismos.

Hermanadas, bellamente hermanadas, corren por este libro las dos maneras de que ordinariamente se valen los maestros de la novela: la que reproduce caracteres y la que pinta costumbres; la que acumula alrededor de un personaje desconocidos rasgos, detalles imperceptibles, raros movimientos de alma, que por lo raro pertenecen casi siempre al dominio de lo anormal; la que aisla y sintetiza la fórmula que es como la medida media de un grupo, de una colectividad; la que sin ser historia, ni



Centro de la Plaza Bolívar — Caracas

ciable ventaja de contribuir á la obra social, al resurgimiento de la nación, toda vez que las reconstrucciones no se efectuaron nunca sino después de conocer con precisión los padeceres del organismo y, lo que importa más, los orígenes de esos padeceres.

Es así, fieles á un método que enseña á desentrañar causas y apreciar el conjunto de los fenómenos, no el que más nos acomoda; es así, sin condenar ni absolver, porque en estos casos el mejor guía es el que aconseja poner á un lado nuestras preferencias y nuestras antipatías, como hemos llegado

pretenderlo, puede luego servir de espejo en cuya luna inalterable perduran los contornos de una época determinada.

Quizás el tema mismo sugirió el procedimiento al novelista. Puede observarse en cuantas novelas venezolanas vinieron á la luz en los años últimos, que el problema capital, el que más ha conmovido al artista, es el que se refiere á la disparidad que reina entre el intelectual y el medio ambiente, entre el hombre que gusta de la vida de las ideas y la inmensa y tarda masa. Ocurre generalmente que



PASEO DE CAMPO. — Por Román Ribera

cuando se acumulan las dos maneras de que hablamos, lo que la obra pierde en movimiento—en ese sagrado movimiento, en esa venerable intriga á que nos acostumbraron los buenos románticos, y que luego deformaron sus imitadores en el folletín y en la entrega—viene á ganarlo en secreta intensidad que comunica honda vibración á todo espíritu capaz de ponerse al unísono con los movimientos y las sensaciones de otro espíritu. En este caso, si la trama pasa inadvertida para el vulgo de los lectores, no por eso deja ella de ser más poderosa. Las ráfagas internas, las violentas sacudidas que ponen en conmoción las fibras más escondidas, asoman de vez en cuando á la superficie crispando los miembros, derramando por toda la piel un calofrío cruelísimo; todo lo cual indica que la bendita intriga, ó como quiera llamársele, no ha de ser más conmovedora cuando se traduce en contorsiones acrobáticas, en sabio arte de títeres, que cuando discurre, cantando ó rugiendo, por entre las profundidades del sér. Los que leen conscientemente á Sudermann y á D'Annunzio, á Barrés y á Huysmans—¿á qué nombrar otros?—saben cuánta verdad hay en lo dicho.

Sería repetir lo sabido el hablar aquí acerca de la diferencia que existe entre el que copia y el que crea, entre el simple fotógrafo y el artista; mas como no hace mucho mencionamos la novela de costumbres y la de caracteres, no está de más recordar el procedimiento de que se vale el novelista para realizar una y otra. Así como el carácter es la suma de todo cuanto es esencialmente individual, las costumbres hallan su definición más completa en el conjunto de líneas, de maneras pertenecientes á toda una clase de personas. En el primer caso, el novelista aísla,

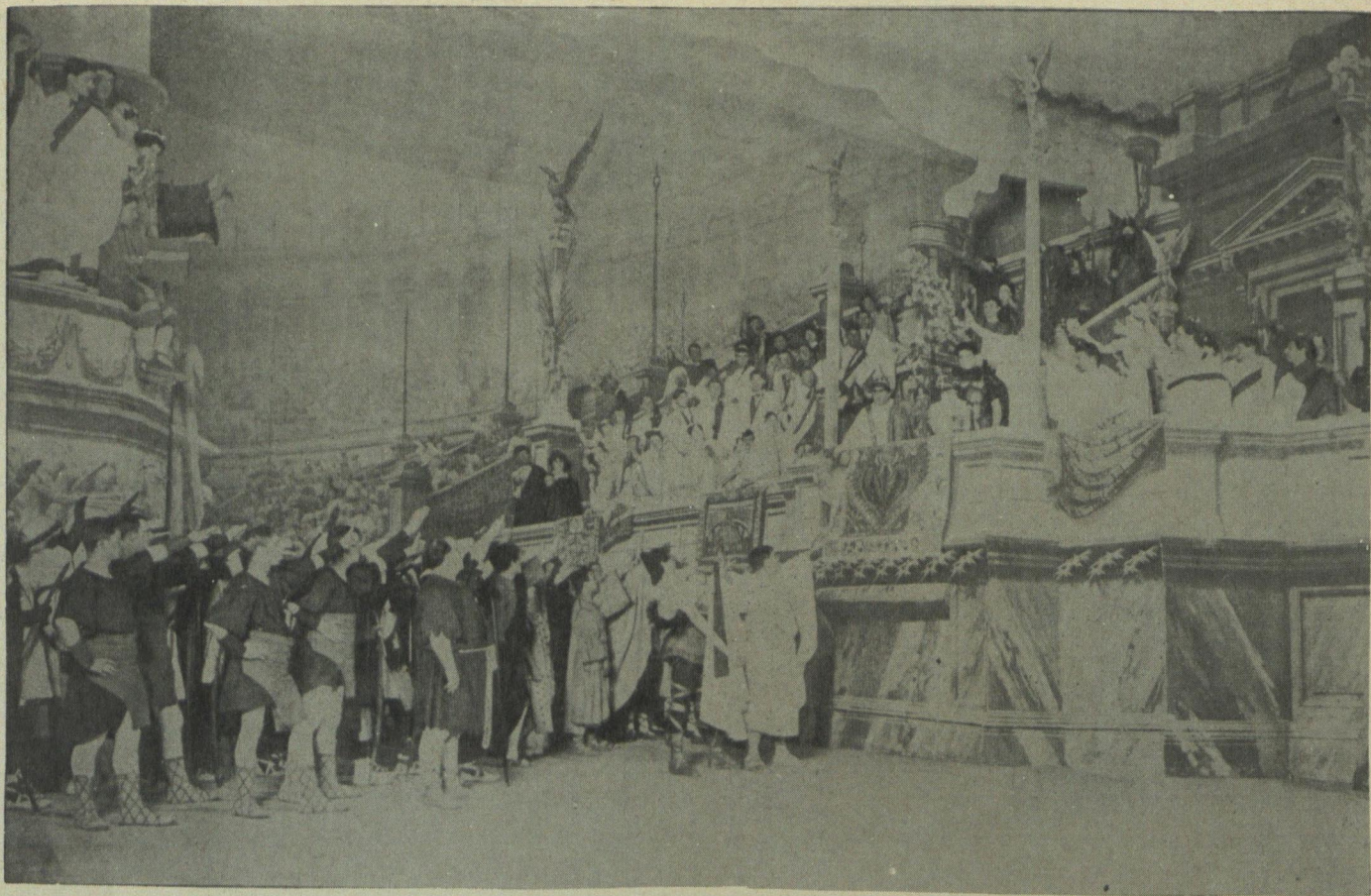
descompone, extrae lo fundamental, y crea un carácter; en el segundo adiciona semejanzas, cantidades homogéneas, y obtiene un tipo.

Fuera de Alberto Soria y de Teresa Fariás, los demás personajes de *Idolos Rotos*, quien más, quien menos, figuran allí como la evocación de un grupo, como el portavoz de un círculo; por lo cual sería, no sólo temerario, sino ofensivo á las reglas del arte el pretender identificación alguna. El general Galindo ó el periodista Dieguez, el lechuguino del Basto ó el académico Rincones, no vienen á ser, y perdóneme la blasfemia mi caro y grande Emerson, sino los representativos de su respectiva cofradía. Yo no veo ni puedo ver en ellos otra cosa que los rasgos comunes á todos los individuales Dieguez ó Bastos, á todos los particulares Galindos ó Rincones.

La mejor prueba de que este libro se inspiró en la realidad, nos la ofrece la tarea de los malévolos al pretender sustituir con nombres propios los que llevan los personajes de la ficción. Si el parecido existe, no ha de atribuirse á reprochable intención; fuerza es que, además de los signos constitutivos del yo, ostentemos otros tantos que corresponden á todos los del círculo á que pertenecemos. Ahora, por lo que respecta á Alberto y á Teresa creo firmemente que, al crearlos, el novelista no se apartó del buen método. He dicho ya, que cuando se analizan almas aisladas, por lo mismo que no buscamos similitudes, tratamos de descubrir y presentar singularidades que escapan á la psicología ordinaria para convertirse en verdaderos casos cuyo estudio y apreciación requieren que nos coloquemos en otro terreno. Entonces, y es el ejemplo de Alberto Soria, se hace necesario, al fijar el temperamento que le es pro-

prio, descubrir y señalar las emociones, los cambios que el medio todo suscita en su interior. Propiamente la novela no es ya sino la relación minuciosa de las mil y más sensaciones que el alma elabora al ponerse en contacto con el mundo, mundo múltiple y variado en el cual las cosas inanimadas al igual de las animadas van, como en este libro, imponiendo su característica fisonomía. La naturaleza toda, como al conjuro de un Dios, se levanta y anda; su invisible labor, más duradera cuanto más paciente, deja en el espíritu un sello imborrable y fija sus dictados en metal ó piedra dura. He observado, leyendo *Idolos Rotos*, que de todos los personajes que allí aparecen, ninguno es tan interesante como el paisaje, como la tierra madre. Bella y mortífera, árida y florida, inclemente y risueña, ella es la genitora de todas las gentes, buenas ó malas, que se agitan en el libro; á todas les impone una ó varias de sus múltiples fases, á todas enciende ó anonada, mata ó arrulla.

Y esa observación me ha llevado á pensar que Alberto Soria no es producto de la fantasía sino de la observación. Podría creerse, á primera vista, que Díaz Rodríguez lo prohija y lo mima, que lejos de andar por ahí encarnado en algún hombre, es símbolo que no resiste al roce de las cosas. Nada de eso; por el contrario, el personaje siente y sufre la comunidad del ambiente; y así como su alma crea la venus criolla y le sugiere nobles proyectos, su corazón adquiere la aridez de la tierra por los meses de verano; del cielo de sus ojos no brota una lágrima, como del cielo azul que nos arropa no desciende una gota de agua; su amor azul se torna en otro amor que tiene del rojo en que tificen sus flores bucares y marías; sus pasiones se



¿QUO VADIS? - El Circo

encienden en la lumbré meridiana de los días estivales; por un instante el alma de los políticos penetra en la suya y lo hace engañador y cruel. En derredor suyo han formado un núcleo compacto, capaz de luchar y de vencer, las infamias de Dieguez Torres, el canto de las cigarras, las manos y las artes de Teresa, la impasibilidad del cielo, las burlas de los lechuguinos, la fiebre de la tierra, las brutalidades del soldado y el veneno del académico.

Vano sería pretender por el momento la suprema levedad artística en la novela que entre nosotros tienda al estudio de las cuestiones sociales. Las grandes leyes que regulan la vida, llegan también á cumplirse en materias literarias. La selva, la intrincada y rica selva ha sido apenas tocada. El leñador de hoy ha de llevar consigo de todas las bellas maderas en que fija la mirada; el leñador de mañana, trazados ya los caminos, establecido el modo de practicar los cortes, conocido el mérito ó el demérito de ciertos árboles, dirigirá el filo de su hacha á sólo alguno ó algunos de entre ellos. Y la gloria de unos y de otros es igualmente envidiable; quizás encante más la de los primeros en razón de ser ellos los descubridores del tesoro; quizás sean los primeros más envidiables si atendemos á la suma de energía por ellos desplegada, si recordamos las penalidades á que se expusieron y el dolor infinito que la labor les impuso.

Creo que en el crítico debe de entrar por poco el moralista, cuyo criterio es casi siempre estrecho é inflexible. No obstante, si hemos de contemplar esta robusta novela desde el punto de vista de una moral que no sea obra exclusiva del terror que inspira la propia maldad y la propia falta, de una moral cuyos orígenes no anden confundidos con las causas mismas de una monstruosa y criminal complicidad, tendremos que hallarla no sólo bella sino altamente moralizadora.

ANGEL CÉSAR RIVAS.

DEL VIVAC'

POR FRANCISCO JIMÉNEZ ARRAIZ

Inédito.

¿Cuál puede ser la causa de que este libro, una vez leído, no se deje con disgusto?

Su asunto no puede ser más repugnante ni más antiestético. Habla de los oscuros y sórdidos tumultos de la guerra civil. En él se siente el sordo ruido que levanta el humano rebaño en marcha al sacrificio. Ve uno desfilar cubiertos de sudor y de polvo, vestidos de andrajos, á los infelices desheredados de la fortuna, á la gente sana y buena que labra el surco bajo los rayos quemantes del sol. Y de la muchedumbre enflaquecida por el hambre, amarillenta y temblorosa por la fiebre, escápanse la peste y la plaga de sus guñapos astrosos.

Asístese en seguida á la brega canibalesca, á la matanza horrible, al descuartizamiento impío de los hermanos en la patria. ¿Puede haber algo más lejos de la belleza? pregunto de nuevo.

Sin embargo, la impresión que produce su lectura está muy distante de confinar con el disgusto; antes bien, es una impresión agradable, amena, casi casi regalo de almas selectas.

Por vía de explicarme el fenómeno pienso naturalmente en el talento del autor, en su temperamento imaginativo y poético; pero ello no satisface á mi espíritu curioso.

Incontestablemente que en el conjunto de factores eficientes de toda obra del ingenio, la personalidad del individuo figura en primer término. Acaso éste es uno de los muy contados puntos en que las inteligencias contemporáneas guardan perfecto acuerdo, no obstante la anarquía que en ellas reina.

Reconozco primero que todos la robustez de esa personalidad y así mismo, que ese talento, por la fuerza singular con que se manifiesta, no exenta de lirismo, es un talento brillante.

Tal cosa es una verdad fácil de comprobarse en cualquiera de esas páginas. No es menester designar ésta ó aquella.

Empero, no atribuyo á la sola facultad intelectual del escritor el origen de la energía estética en ellas esparcida. Antes que ella y por sobre ella veo yo ejerciendo una influencia decisiva del éxito, al factor de nacionalidad á la raza nuestra singularmente apasionada de las lides guerreras.

La porción mejor definida del carácter nacional es, sin duda, la que mira á sus fuentes históricas. El instinto bélico, venido á nuestra sangre por el medio sutil de la herencia psicológica, cobró vitalidad tan intensa en las largas luchas de la conquista y de la emancipación que, bajo el nuevo régimen político, él ha dejado de ser tal para convertirse en una función permanente del organismo social.

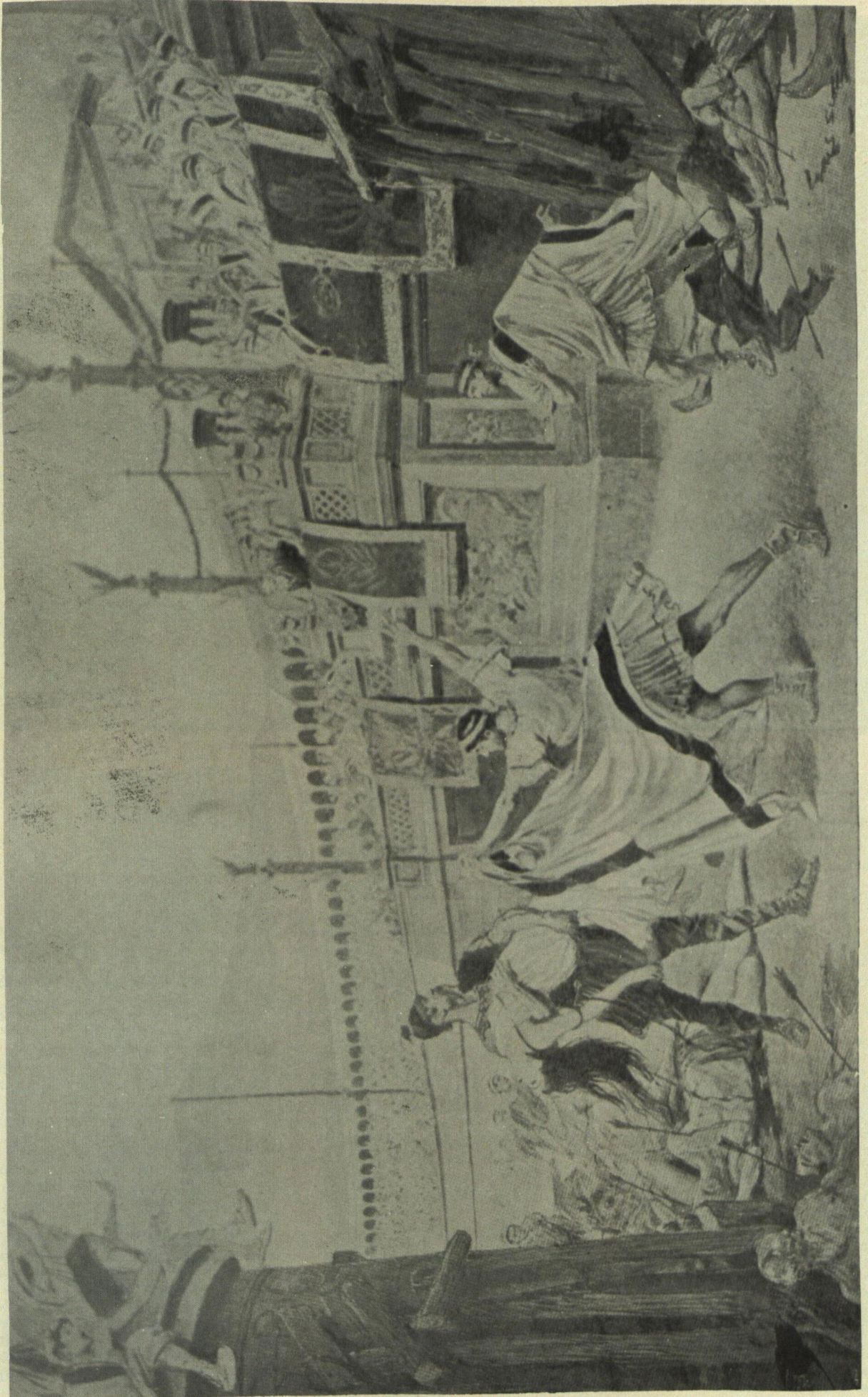
Mas, al par de ese vivísimo sentimiento épico, la Metrópoli nos legó su fantasía, rica cual ninguna otra en esplendores y magnificencias orientales; y con este regimiento, la capacidad peculiar á esta nación, de embellecer en el arte literario los gestos y actitudes de la vida heroica.

Acaso esta aptitud, que acabo de señalar en la entidad mental del pueblo español, venga de la misma actividad guerrera, no interrumpida en la carrera de los siglos.

—Se ama lo que se conoce—dejó escrito un gran pensador artista del renacimiento italiano.

De ahí sin duda la afección que sentimos por las luchas armadas. Nuestro conocimiento, desgraciadamente, es tan vasto!

Porque no le va en zaga al de la gente



QUO VADIST? - El Circo



El Centurión

Petronio

¿QUO VADIS? — El incendio de Roma

Neron

Séneca
Tigellino

Popea

hispana, producimos libros como éste, en que la pasión homicida canta, que no grita, y la furia destructora de la bestia humana casi casi es una gracia. Recuerdo ahora *La Debacle* de Zolá, *La Guerra y la Paz* de Tolstoy y un manojito de páginas de *En el mar*, esa deliciosa odisea de Maupassant por el Mediterráneo.

¡Qué contraste tan vivo y tan hondo entre la ideología y la emocionalidad que prenden en el ánimo estos cuadros descriptivos de la guerra y las que sugieren los de Jiménez Arraiz!

Allá y por virtud de una acertada elección de términos verbales, que supone desde luego un sentimiento profundo de la realidad y la más justa visión de las cosas, aparece el drama bárbaro en su horrible desnudez, limpio, absolutamente limpio de toques de luz, claros y ennoblecedores.

Aquí sucede todo lo contrario. La primavera de un espíritu derrámase en una inacabable teoría de resplandecientes imágenes, de lo cual, bueno es anotar, no es responsable el autor.

Organizado para la vida del ensueño, ve la realidad desde sus mareantes alturas; y á esa gran distancia es imposible la mirada discriminadora de la fría observación.

Posée él, además, un gran corazón, uno de esos corazones que no sabe odiar ni amar á medias, apasionado en extremo.

Sería injusto, pues, exigir pinturas exactas de la vida á quien, como se acaba de ver, es para ello radicalmente incapaz.

Un poeta lírico de sangre herviente en pasión, eso es Jiménez Arraiz.

Del Vivac encierra á este respecto numerosos datos. Su héroe es como Aquiles, invulnerable. En medio al estruendo de la batalla se le oye exclamar: «A mí las balas me respetan; si yo nomás quedo, yo solo triunfaré».

Podría con igual facilidad entresacar algunos fragmentos reveladores de su ardiente fantasía, de su naturaleza imaginativa y poética.

Baste al efecto citar la *Ofrenda*.

Al llegar aquí, el estilo en que está escrita toda la obra pierde su impetuosidad de torrente, lo cual no deja de resultar agradable. Esta página hace pensar en un remanso de aguas transparentes. El recuerdo repentino de la novia obra este milagro.

Romero que en el mundo no trágicas otra ruta que la que va de la región azul de la quimera á la en donde la pasión siembra sus flores de púrpura, ¡Salve!

ANTONIO R. ALVAREZ.

LO IMPOSIBLE

Ella altiva y tenaz y yo inflexible,
Nos conocimos, y de extraño modo
Sucedió lo imposible,

Porque en amores es posible todo.

Yes nuestro amor, que llama verdadero,
Dolor que hace reír, beso que crispa,
Choque del pedernal con el acero
Del que brota la chispa.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

¡LUCHAREMOS!

¡Qué insignificante cosilla puede cambiar el humor de un hombre!

Abrumado por meditaciones tristes, caminaba yo un día á lo largo de una carretera.

Terribles presentimientos me oprimían el pecho, y la melancolía apoderábase de mi espíritu.

Levanté la cabeza... Delante de mí, entre dos hileras de altos chopos, perdíase á lo lejos la carretera, recta como el trayecto de una flecha.

Y á través de aquel camino, á diez pasos de mí, saltaba á la cozcijita toda una familia de gorriones, dorada por el sol ardiente del estío.

Saltaba con atrevimiento, con alegría, con seguridad.

Especialmente uno de ellos, el jefe, avanzaba con diabólica resolución, contoneándose un poco, sacando el pecho, piando con insolencia. En una palabra: era un perdonavidas, un conquistador.

Y durante ese tiempo, allá en lo alto del cielo, cerníase un gavián, que quizá fuese á devorar precisamente á ese conquistador perdonavidas.

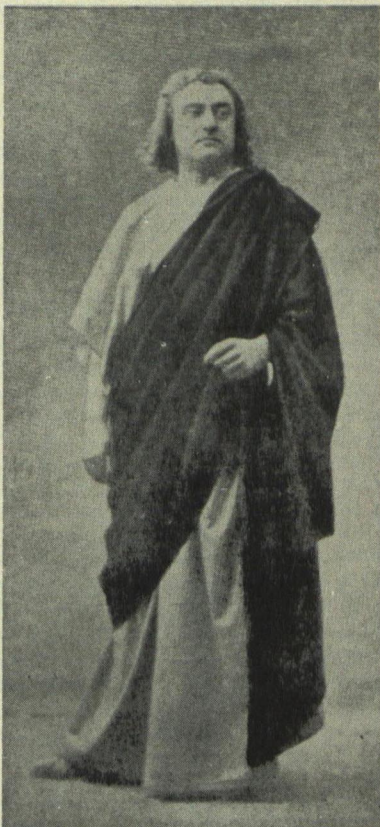
Solté la carcajada, me moví é inmediatamente se disiparon mis tristes ideas. Sentí ánimos, audacia, regocijo de vivir.

Y cuando mi gavián se cerna también encima de mi cabeza ¡qué diantre! aún lucharemos.

IVAN TURGUENEF.



¿QUO VADIS? - Xeron (por Duquesne)



Glauco (M. Garay)



Vitello (M. Adam)



Tigelino (M. Dulac)

PÁLIDA

¡Oh, virgen ideal! cuyas pupilas retratan de las mártires cristianas el fulgor celestial; de suaves lilas dale aroma á mis cántigas, y dilas la magia de las Musas, tus hermanas.....

*

Al mirarte mis ojos, dulce efluvio derraman mis amores..... siento cruzar mi sien ensueño rubio y ocultarse, en silencio, los dolores.....

*

La divina tristeza que idealiza tu mística pureza y aureola tu pálido semblante, me produce nostalgias de los cielos y fulgura en mis íntimos anhelos como lampo de sol agonizante.....

*

Tu castidad contemplo de rodillas, y al escuchar tus pláticas sencillas, vuelven á mí las horas de la infancia..... resucita la flor de la inocencia, y abre su cáliz de fragante esencia, esencia rica que el Dolor escancia.....

*

Hay veces que mi espíritu imagina que cuando el alba sonrosada toca con un beso tu frente marfilina, tu sien secretos de querub evoca; y que luego las auras perfumadas te llevan los suspiros de las hadas y las nostalgias de las almas muertas, y en silencio los lirios y los nardos te cuentan la tortura de los bardos que al contemplar sus esperanzas yertas, á las flores confiaran sus angustias en sus estrofas rítmicas y mustias, de lágrimas cubiertas..... en esa hora en que la noche esplende, porque una mano misteriosa prende ramilletes de gemas encendidas en su doliente traje de enlutada, el traje de la novia infortunada que en sombras convertidas, miró sus ilusiones confundidas en el seno insondable de la nada.....

*

Y cuando pienso en tu color de cirio, me revela tu faz hondo martirio que le roba la luz á tu existencia..... ¡Quién sabe cuánto ensueño se consume y cuánta flor en tí deja el perfume mientras brilla sin sombras tu conciencia!

Y por eso mi alma soñadora, al contemplar tu moribunda aurora, culto le rinde á tu pesar sin nombre..... y vivirá en tu dulce cautiverio, como vive en el seno del Misterio cuanto silencia el corazón del hombre!.....

JULIO CÉSAR SILVA.

AL MAR

—

Quisiera, entre tus olas plañideras Hallar, en noche atroz, mi sepultura, Y en medio del bullicio y la negrura Ser pasto de tus zainas tintoreras.

Si más enorme y espantoso fueras Mucho más halagaras mi ventura: Es mi tristeza; oh mar! tu calentura, Son mis pasiones tus borrascas fieras.

Amo la inmunidad de tu regazo Porque en esos abismos bullidores Se borraría de mi nombre el trazo.

Y sé que hasta tus senos rugidores No llegaría el mentiroso abrazo De este mundo de ingratas y traidores.

FÉLIX MATOS BERNIER

(San Juan de Puerto Rico.)

MENSAJERA

"Se van, se van y nos dejan."

CASTELLAR.

Paloma de alas nubes surcaste los espacios llevando de tus plumas prendido en áureo lazo, mensaje misterioso en dísticos sagrados, por mano extraña escritos en caracteres raros:

"La tumba de los niños
"es copa de alabastro
"que borda en luz de perlas
"la luna con sus rayos;
"esmáltala el rocío
"con joyas de su manto
"y el ángel de los tristes
"la adorna de ojicantos.

"Sobre rosas erguido
"los pájaros cantaron:
"secáronse las flores,
"murió también el canto.
"Sacude el viento rudo
"las ramas del naranjo,
"y de azahares borda
"los verdecidos prados.
"La nieve es de la altura,
"la flor es de los campos,
"del ángel es el cielo,
"del hombre es el quebranto."

Hé ahí lo que decían los dísticos sagrados. Mas ¡ay! que las palomas que surcan el espacio por siempre se enamoran del brillo de los astros. En vano aquí respuesta quedamos esperando de aquel mensaje tierno, escrito en signos raros. . . . En tanto de sus plumas el ave, allá en lo alto, despliega el albo brillo que emula el de los astros.

POLITA DE LIMA

SURSUM CORDA

POR DON GASPARE NUÑEZ DE ARCE

Las desdichas que padeció últimamente España han inspirado buen número de escritos consagrados á explicar las causas de nuestros males y á proponer remedios que nos rehabilitasen para lo porvenir. Al lado de esta que hemos llamado literatura de la regeneración, no han faltado algunas composiciones poéticas lamentando nuestros desastres y haciendo votos porque la Providencia nos permita ver lucir días más serenos y agradables. Los escritos de la primera clase, ó sean los inspirados por la razón, han abundado mucho más que los de la segunda, ó sean los dictados por el sentimiento; de suerte que si nos atuviéramos á este dato escueto, podríamos ver en él una sorprendente manifestación de carácter práctico que no nos reconocíamos los españoles, el cual, en vez de perder el tiempo en vanas elegías, se aplicaba á estudiar los orígenes de las desgracias experimentadas y á investigar los medios de evitar su repetición y de trocárlas con el tiempo en bienandanzas y prosperidades.

Creo que esta explicación optimista sería poco conforme con la realidad; y que

el hecho de que nuestros últimos desastres nacionales hayan dado que hacer más á los arbitristas que á los poetas, y hayan ocupado más á la didáctica que á la poesía, obedece á otras causas. Quizás sea una de ellas, que en el ambiente de escepticismo y positivismo que rodea á la sociedades contemporáneas, parece como que teme la poesía inspirarse en los grandes sentimientos de índole colectiva que en otras épocas figuraron entre sus principales fuentes de inspiración. A los ojos de muchos, una poesía patriótica ó religiosa corre gran riesgo de parecer afectada, poco sincera, y hasta cercana á lo ridículo.

Por eso abundan poco las composiciones de este género, lo cual no quiere decir que tales sentimientos hayan muerto ó estén próximos á extinguirse, sino que la moda literaria impone otros temas. La poesía está en una fase individualista y lírica; pero con todo, de vez en cuando alza su voz algún poeta para cantar á las antiguas deidades, que quizás volverán á ser mañana nuevas y recibirán culto tan entusiasta como el que antaño recibieron. Abundan, en efecto, los acontecimientos contemporáneos, en que el observador puede descubrir la vitalidad del sentimiento religioso y del sentimiento patriótico, hasta en sus extravíos, como el antisemitismo. Francia está ofreciendo ahora un excelente campo de observación de esta clase de fenómenos, que se manifiestan también, aunque con menor relieve, en todos ó casi todos los demás pueblos. Pero aunque así no fuese, aunque esos sentimientos se hubiesen debilitado tanto como algunos piensan, todavía seguirían siendo temas poéticos. La poesía se alimenta de lo ideal. Mucho tiempo después de haber muerto en los espíritus, siguieron inspirando á los poetas las divinidades del Olimpo.

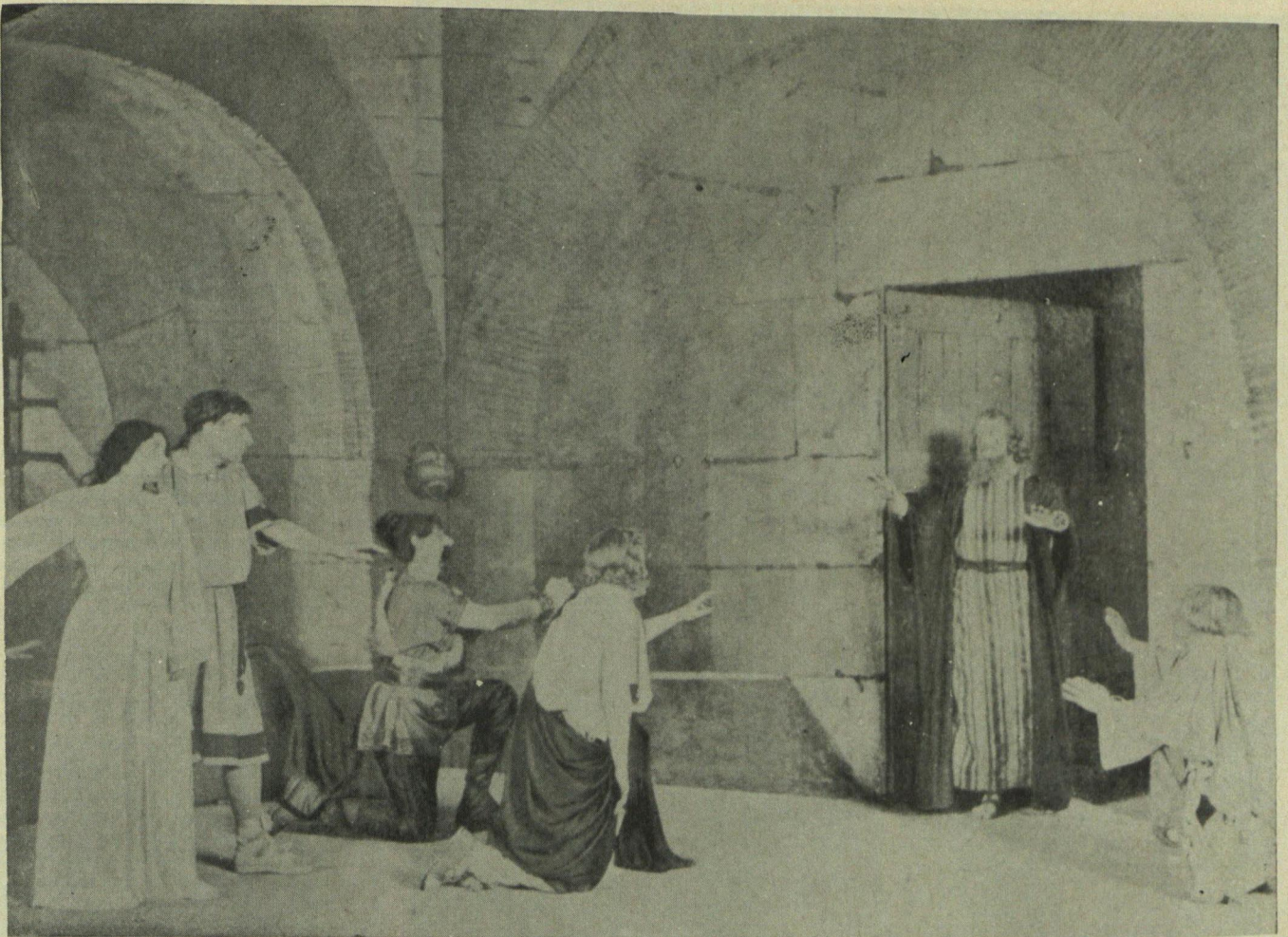
¿Cómo no había de inspirarles un sentimiento tan universal y tan arraigado en todo el curso de la historia hasta el presente, como el patriotismo?

Entre esos poetas, á quienes antes aludía, que han cantado el dolor de nuestra caída, y que quizás hayan sido pocos, porque el asunto ha tenido más de lastimoso que de trágico y resulta más adecuado para el silencio de un pesar discreto que para grandilocuentes quejas, hay que contar al señor Nuñez de Arce, por su último poema *Sursum Corda*.

Consta este poema de dos partes diferentes: la introducción, dirigida á España y á América (á la América de raza española), pertenece á esa poesía patriótica de que hablaba hace un momento. En ella, el poeta, dirigiéndose á la patria, le dice que la ama más cuanto más abatida la contempla, y expresa su esperanza de verla levantarse de su abatimiento y surgir otra vez grande y poderosa. En la invocación á América, inspirada en los mismos sentimientos, excita á los pueblos americanos de nuestra raza á unirse más en la desgracia con la nación que les dió su sangre, su cultura, su religión, su idioma, todo menos la libertad, porque no la tenía, según dice el poeta en una frase feliz de esta parte del poema:

.....Te lo dió todo
Menos la libertad, pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.

La otra parte, la que verdaderamente constituye el poema, tiene diferente asunto. No se trata ya de las desgracias de España ni de sus esperanzas de renaci-



Ligia

Vinicio

Ursus

Glauco

Pedro

Euricio

¿QUÉ VADIS? — Los mártires

miento. La cuestión se generaliza y se abstrae; de patriótica se trueca en filosófica; el problema histórico de la suerte de una nación determinada se convierte en el problema metafísico y moral de la razón de ser de la vida, de sus dudas, sus desalientos y sus esperanzas. Tiene el poema un rudimento de forma dramática. El poeta pone en acción a un peregrino que, junto a las ruinas de un convento, se detiene a meditar sobre el misterio de la vida e interroga a los monjes enterrados en aquel claustro acerca del arcano de la existencia. El peregrino, en quien es fácil ver una personificación de la humanidad en un momento de transición ó crisis, al ver el claustro en ruinas, la fe moribunda, se pregunta si el universo no será

.....La eterna lira
En que la vida universal entona
Triste canto al dolor sin esperanza.

Expresa, pues, el señor Núñez de Arce ese estado de alma que se ha atribuido a la sociedad del final del siglo XIX: nostalgia de la antigua fe, desencanto de las soluciones puramente naturalistas (banca rota de la ciencia, etc.), desaliento, vacilación, duda. Consecuente consigo mismo el autor de los *Gritos del combate* sigue siendo el poeta de la duda.

El simbólico peregrino que nos presenta el autor de *Un idilio y una elegía*, consigue salir triunfante de la crisis, resolver el enigma. Una voz interior le dice

que el mundo no está guiado por el azar; le muestra todos los triunfos conseguidos por la humanidad y le hace comprender que, aunque alguna vez se detenga en el camino del progreso, pronto vuelve a proseguir su marcha. Y el peregrino, fortalecido por la voz que le grita *sursum corda*, emprende nuevamente su jornada hacia lo porvenir.

La introducción está en versos libres, el poema en endecasílabos aconsonantados. Siendo unos y otros obra del señor Núñez de Arce, dicho se está que serán, como efectivamente son, versos de *colurino*, solemnes, magníficos, llenos de sonoridad, sujetos a clásicas proporciones. El endecasílabo es el metro que mejor ha manejado el autor de *Un idilio y una elegía*, y pocos han dominado como él el verso libre en lengua castellana. La forma métrica conserva en *Sursum corda* la misma perfección que hemos admirado en las producciones anteriores del poeta.

Acaso en las ideas ofrece poca novedad este poema, pero las que expresa son nobles, levantadas, poéticas. A pesar de que en las dos partes de que consta su obra el poeta llega a una conclusión optimista y expresa su fe en lo porvenir, no sé por qué parece cruzar por este poema una ráfaga de desaliento y de fatiga. Es un canto de ocaso, menos brillante y menos vigoroso que otras composiciones anteriores de Núñez de Arce. Ocaso triste, como lo son todos los ocasos, porque

es dolorosa la ley fatal que hace declinar con los años las facultades del artista; pero hermoso, con ser triste, porque los grandes poetas, como Núñez de Arce, lanzan hasta última hora destellos de su genio: tienen una hermosa puesta de sol. (1)

E. GOMEZ DE BAQUERO.

LA ESCLAVITUD MODERNA

Denuncia Tolstoi la esclavitud moderna con el mismo asombro, con que doscientos años ha, denunciaba el amigo de Montaigne la servidumbre voluntaria. No comprendía la Boetie, cómo millares de hombres se inclinaban, con mengua de su derecho y de su interés, ante la voluntad y el capricho de uno solo. No se explica Tolstoi, cómo el proletariado universal consiente en el suicidio lento a que le condena, en faenas homicidas, el industrialismo imperante. La Boetie aconsejaba la rebelión de los siervos contra el señor; Tolstoi preconiza también la rebeldía de los esclavos contra el amo, pero sin violencia. Que los hombres se nieguen a obedecer y a ejecutar las leyes que los tiranizan, dice el apóstol ruso.

(1) La enfermedad que padece el ilustre poeta, da una triste actualidad a su última obra. Bien quisiéramos que no fuese ésta el canto del cisne, y que la poesía castellana conservase cultivador tan eminente como el señor Núñez de Arce.



Eunice besando la estatua de Petronio

Es lo probable que esta voz se pierda como la del gentil hombre francés, ó que si estas ideas hacen camino hasta provocar una revolución, como lo hicieron aquellas hasta culminar en el 93, una nueva forma de esclavitud suceda á la actual; porque la servidumbre no es un accidente: es una condición de la sociedad, mientras no subsista sino por la fuerza y para el despojo.

Adams, sostenía que en todo grupo de hombres, que por su inteligencia, su astucia, ó el ascendiente de su persona moral ó física, pueden influir en el voto de otro hombre, constituyen una aristocracia «natural» inevitable. La consecuencia, inevitable también, del uso y el abuso de ese poder de sugestión es la esclavitud, y lo será mientras los dirigidos no renuncien á ejercer esa influencia en beneficio propio de ellos, ó los dirigidos resuelvan no ceder un ápice de la plenitud de su derecho. Es decir, debiera predominar el altruismo en los dirigentes y el egoísmo en los dirigidos;

pero es el caso que, precisamente, los dominadores son egoístas, y los *sugeridos*, los dominados son altruistas. De ahí que toda servidumbre sea voluntaria; porque el servilismo es condición fisiológica de los débiles, y la violencia, apetito de fuertes.

Las leyes no las han hecho, ni las dictarán jamás los esclavos; sino son los fuertes, quienes han decretado que la tierra es de ellos, y que para defender esa propiedad sagrada é inviolable, los pobres de espíritu, á quienes está reservado el reino de los cielos, pagarán impuesto de sangre en nombre de Dios ó de la Patria, é impuesto de sudor, bajo forma de diezmo, primicia, ó contribución directa ó indirecta, en nombre del orden, ó de la civilización, ó de la libertad.

¿Sabe Tolstoi cómo se fortifica á los débiles? Porque mientras existan corderos, los lobos andarán ahitos; y la esclavitud moderna será como en los días de La Boetie, un caso incurable de servidumbre voluntaria.

Quizás una filosofía de la historia que les enseñe la verdad á los humildes, y les demuestre que donde unos mandan y otros obedecen no hay libertad posible, porque toda obediencia es sumisión, y toda sumisión, servilismo; que fuera de la libre cooperación de los individuos á los fines sociales, que son el bienestar de cada uno de los asociados y la conservación, no de tal ó cual fracción de la humanidad, sino del conjunto humano todo, dueño único del planeta, que fuera de esa libre cooperación, todo otro pacto, es pacto de violencia, perpetuador de esclavos y señores; quizás esa enseñanza tranquila é incesante, hecha según un solo Evangelio en todos los pueblos de la tierra, por misioneros de la ciencia y la verdad, modificara la esclavitud moderna....

Pero ¡oh Tolstoi! cómo llevas al país de la utopía á tus lectores, y les inspiras vanos sueños de libertad y de justicia! Mientras tú predicas, y unos cuantos te oímos, la Europa civiliza la China, é Inglaterra purga de bárbaros el Transvaal. ¡Pobre soñador!

c. ZUMETA.

NOTAS ETNOLOGICAS

LA PATRIA DE LOS CARIBES

Para EL COJO ILUSTRADO.

Al profesor Karl von den Steinen, notable explorador alemán, deben la etnografía y etnología observaciones importantísimas para el estudio de las razas sur-americanas. Tocóle en suerte á este ilustre viajero el descubrimiento de una tribu que habita el Alto Xingú y la cual, según sus investigaciones escrupulosas y rigurosamente científicas, constituye el resto de los originales Caribes, cuyas costumbres é idioma han podido conservar, gracias á su aislamiento, tan puros como estuviesen antes del descubrimiento de la América.

El doctor Steinen hizo dos viajes por la región central del Brasil, recorriendo lugares nunca visitados antes por viajero alguno. El primer viaje lo hizo en 1884 remontando el río Paraguay hasta Cuyabá, atravesando luego la altiplanicie de Matogrosso y bajando el río Xingú desde sus fuentes hasta su desembocadura en el Amazonas. El segundo viaje efectuado en los años 1887 y 1888 por la misma vía del Paraguay y Cuyabá, se limitó á recorrer un afluente del Xingú, el Kulisehu, y regresar por la misma vía con el objeto de extender y comprobar sus observaciones anteriores.

Si valiosos han sido para la Geografía los resultados de aquellas dos expediciones, tan hábilmente dirigidas por Steinen, mucho más lo han sido para la etnografía y etnología americana, hasta el punto de poderse calificar el trabajo más notable, que sobre el particular haya visto la luz en el siglo diez y nueve. El levantamiento exacto del curso del Xingú y una serie de interesantes observaciones meteorológicas constituyen el resultado geográfico de estos viajes, así como el examen antropológico lingüístico de las tribus Bororó, Bakairí, Trumái, Suyá y Kustenaú el resultado etnológico de eminente trascendencia para el estudio de las razas sur-americanas y su historia. En dos gruesos volúmenes, profusamente ilustrados, nos expone el autor en estilo magistral las múltiples observaciones y sus deducciones científicas (1) Vamos á ocuparnos en el presente estudio de la parte etnológica y en especial de aquella

(1) Durch Central-Brasilien. Leipzig 1886 y Unter den Naturölkern Central-Brasiliens. Berlin 1897.

más íntimamente relacionada con la historia del elemento étnico de nuestro país, á saber *la patria de los Caribes*.

Ninguna voz ha producido mayor confusión en la etnología que la denominación «Caribes».

Basta recordar que los europeos han designado con este nombre á multitud de tribus indígenas y que viceversa, muchos indios llaman así á los europeos.

En Venezuela se conocen por Caribes las tribus Chaimas y Cumanagotas que habitan nuestra región oriental, desde las costas de Cumaná hasta las riberas del Orinoco. Estas tribus, al igual de las Guaicas, Macusis, Arinagotos y Arecunas son de origen Caribe, pero han perdido en gran parte su idioma primitivo, sustituyéndolo con voces de sus vecinos de origen Aruaco, cuyas mujeres tomaban en sus frecuentes incursiones.

Antes de los Caribes eran los Aruacos la familia imperante en la actual Venezuela y en las costas de las Guayanas y llegaron á extender su dominio hasta las pequeñas Antillas. La historia nos refiere que en la Sierra Nevada, al Sur del golfo de Venezuela residían los *Aruacos* y todavía existe bajo este nombre en la Sierra Nevada de Santa Marta numerosa tribu, parientes muy cercanos de los Goagiros de nuestra península occidental.

Hoy se consideran como Caribes los *Calina* de tierra firme, los Galibí de los franceses y sus parientes de las Guayanas y por otra parte los Calínagos de las pequeñas Antillas, los cuales provenían del Continente y se extendieron sobre algunas islas habitadas hasta entonces por Aruacos. Del contacto de los Caribes con los Aruacos, con las tribus clasificadas por Steinen bajo el grupo de *Nu* y con los Tupís invasores del Sur y finalmente del movimiento producido en estas tribus por la invasión conquistadora de los europeos, resultó naturalmente la fusión del idioma y de allí la actual dificultad para la clasificación lingüística de los diferentes grupos. Parece, sin embargo, que antes de que tuviesen lugar todas las citadas influencias perturbadoras, una pequeña tribu Caribe, los *Bakairí*, se había separado de la comunidad primitiva y establecido en las fuentes del Xingú, donde en completo aislamiento ha podido conservar, hasta el presente, su original idioma y sus tradicionales costumbres.

Por los *Bakairí* hemos venido á conocer el legítimo idioma Caribe y por la relación lingüística, que establece Steinen entre 46 tribus clasificadas por él bajo el grupo de *Nu-Aruac*, demostrándonos lo infundado de la teoría *guck* de Martius, es que ha sido posible hacer deducciones sobre las migraciones de los Caribes.

Martius había reunido veinticinco tribus, algunas de las cuales ofrecen caracteres etnográficos y lingüísticos bien diferentes, bajo el grupo de *guck* ó *coco* y según su teoría venían á ligarse además de los dialectos caribes y tamanaos, muchos otros de las Guayanas, de los afluentes del Amazonas y hasta de Bolivia y del extremo oriental del Brasil. Según el ilustre Martius la voz *coco* ó *guck* se encontraba en todas estas tribus como equivalencia de *tío paterno* y debe su conservación á la gran autoridad que entre los indios ejerce el tío paterno, como en general la familia del padre. Steinen nos demuestra con acopio de pruebas el error de esta suposición de Martius, pues según sus propias observaciones, la raíz *coc* ó *guck* se encuentra en la voz que muchas tribus brasileñas emplean para el *tío materno* y desde luego pierde su fundamento la teoría de



¿Quo Vadis? — Ligin, representada por Cora Laparcerie — Teatro de la Porte-Saint-Martin — París

Martius. En cambio establece Steinen su teoría *Nu*, basado en la siguiente argumentación.

Aunque el material lingüístico recogido hasta el presente (1886) es un tanto escaso é incompleto y aunque falta en absoluto para algunas tribus venezolanas y brasileras, existe la favorable circunstancia de que la mayor parte de los vocabularios recogidos por Spix, Martius, Crevaux, Schomburgk, Wallace y otros, contienen las denominaciones correspondientes á las diferentes partes del cuerpo humano y precisamente estas voces son las que nos dan el elemento gramatical más importante de los polisintéticos idiomas indígenas.

(2) Todas estas voces están provistas de un prefijo que determina el pronombre posesivo; ellas no nos hablan de «lengua», «mano», «diente», sino de «mi lengua», «tu lengua», «mi mano», «tu mano», etc. Hace tiempo se había observado que muchas tribus indígenas tienen el prefijo *nu-* *no-* *n-* pero nadie antes de Steinen, había ideado comparar las voces de diferentes tribus con exclusiva consideración á la importancia de este prefijo y de las par-

(2) Tenemos á la mano los extensos vocabularios recogidos posteriormente (1894-97) por el explorador francés Coudreau entre las tribus que habitan el Tapajoz, el Tocantín, el Araguaya y el Itaboca é Itacayuna. Casi todo este material lingüístico viene en apoyo de la teoría de Steinen.

tes más importantes del cuerpo. En una tabla ha reunido Steinen las voces de cuarenta y seis tribus que él clasifica de *Nu-Aruacos* y que se sirven de la raíz *nu-*, -no ó *n-* en la denominación de casa, lengua, diente, boca, mano, nariz, ojo, pie, etc., además de voces muy semejantes para agua, sol, luna, leña, árbol, fuego.

Al comparar en la tabla *Nu-Aruac* de Steinen las voces equivalentes á boca, lengua, mano, nariz, casa y agua, resalta en seguida la semejanza que establece el parentesco ó por lo menos el contacto entre las diferentes tribus de este grupo. Están distribuidas en una ancha faja de dirección Sur-Norte, que se extiende desde Bolivia hasta Venezuela atravesando la altiplanicie de Matogrosso. Geográficamente nada se opone á esta relación lingüística de las tribus *Nu*; al contrario las múltiples tribus intermedias establecen perfecta continuidad entre los Guaná del Río Paraguay y los Maipures del Orinoco. La teoría *Nu* de Steinen ofrece, en contra de la *Guck* de Martius, la ventaja de no obligar á unir elementos etnológicamente divergentes.

Del estudio de los fragmentos de las lenguas *Nu*, se desprende á todas luces que ha existido un contacto íntimo entre los *Aruacos* y las tribus *Nu* del Alto Orinoco. Es posible que ambos tengan un origen común, pero el desarrollo de los *Aruacos* es tan marcadamente independiente, que no pueden ser subordinados á la gran familia *Nu*, y por esta razón Steinen los coordina á estos. De aquí su clasificación *Nu-Aruac*.

El núcleo de las tribus *Nu* reside, como lo demuestra la carta etnológica que ilustra la obra de Steinen (*Durch Central-Brasilien*), en los afluentes superiores del Amazonas. Las tribus de los *Jurua* y *Purus* establecen la continuidad entre aquel núcleo y los *Baurés* y *Moxos* del Madeira. Steinen cree, sin embargo, que la patria de los *Nu* debe buscarse en la Guayana ó en la altiplanicie central que divide las hoyas hidrográficas del Amazonas y del La Plata y se decide por esta última hipótesis, trayendo en su apoyo la circunstancia de habitar los *Pareci*, de origen *Nu*, los estériles «Campos», región pobre que, sin duda, no hubieran elegido invasores del Norte, después de haber recorrido los ricos valles del Amazonas. Luego la existencia de la rama *Guaná*, de la misma familia, residentes en el río Paraguay y finalmente el crecido número de *Moxos* que encontraron los descubridores españoles.

En resumen; desde el Xingú hasta los Andes y desde el río Paraguay hasta las Antillas se encuentran las indelebles huellas de una gran familia, cuyos miembros, aunque de cierto modo diferenciados, están unidos por caracteres lingüísticos comunes: los *Nu Aruac*.

El ya citado mapa de Steinen nos hace ver que los *Caribes* invadieron el territorio de los *Nu Aruac*, desalojando á estos y extendiéndose hasta las pequeñas Antillas, con cuyo dominio pusieron fin á sus conquistas. Al hablar de conquistas debemos advertir que no deben entenderse estas en el sentido de las conquistas de los antiguos europeos. Los caribes no tenían un gobierno organizado, ni ejércitos; un centenar ó más de hombres audaces ocupaba alguna isla tras sangrienta lucha, mataba á los hombres ó los reducía á la esclavitud y se apoderaba de las mujeres. Establecida la corriente siguieron nuevas expediciones y sucesivamente fueron cayendo unas tras otras todas las islas en poder de la tribu más fuerte. Las nuevas generaciones ya dejaban de ser «Caribes», pues aunque los invasores trataran de distinguir su idioma, que se llamó de los hombres, del de sus nuevas esposas, los niños debieron adoptar para algunas voces las que oyeran á diario de su madre y al fin se imponía la fusión.

Aparentemente esta exposición viene á dar en tierra con el principio fundamental de la teoría *Nu* de Steinen, pero en el presente caso las condiciones topográficas imponen una excepción de la regla. En tierra firme no es regular ni lógico suponer que al dominar una tribu á otra se apoderen los vencedores de todas las mujeres; casi siempre las raptadas esposas y futuras madres constituirán la minoría de las mujeres de la tribu. No debió suceder lo mismo en las islas, porque aunque los Caribes hubiesen llevado algunas mujeres las conquistadas *Aruac* han debido estar en mayoría. Esta excepción no es aparente ó hipotética, sino real, como lo comprueba el diccionario del idioma *Caribe insular* por Breton, (3) el cual, para algunas palabras, sobre todo de uso doméstico, nos trae dos voces para un mismo objeto, una caribe (de los hombres) y otra *Aruac* (de las mujeres); en algunos casos hasta la sola voz *Aruac*, que ya había sustituido á la caribe, como por ejemplo «mano».

Con la anterior argumentación queda comprobado que los caribes son aborígenes de tierra firme y que su presencia en las islas no es sino con el carácter de invasores. Su idioma, que hoy conocemos, gracias á los Bakairí del Xingú, demuestra por otra parte que no tienen parentesco con los Tupi de la costa oriental y meridional del Brasil y comparado con el *Nu-Aruac* resulta un grupo independiente.

Llegado á estas conclusiones, nos preguntamos:

¿Son las Guayanas la patria de los Caribes?

A favor de la hipótesis de que sean oriundos de las Guayanas, existe una circunstancia muy importante: están concentrados allí y divididos en muchas tribus. De aquí podemos deducir, por lo menos, que los Caribes han debido residir largo tiempo en las Guayanas para que pudiesen efectuar su división en tan grande escala, y supuesto esto nos resta preguntar: ¿debemos suponer que antes de habitar la Guayana hayan existido en otra región como tipo uniforme?

Dos cosas indican que esta pregunta debe contestarse afirmativamente. Ambas parecen confirmar su carácter de invasores. La primera: el odio que existe entre las tribus Caribes y las de origen *Aruac*, hecho comprobado por referirlo todos los viajeros antiguos y modernos. La segunda: la observación hecha por Im Thurn (4) de que los Caribes trabajan el algodón de manera muy distinta á las otras tribus. Ellos hilan á su modo y sólo ellos fabrican sus hamacas y chinchorros de algodón, mientras que los supuestos aborígenes de aquella región los fabrican de la fibra del *moriche*.

¿De dónde, pues, provienen los Caribes, si no son oriundos de la Guayana ni tampoco de las Antillas?

Steinen asegura que los Bakairí del Xingú nos dan la clave para resolver esta cuestión. Veamos como.

Es un hecho sorprendente el que todas las tribus de origen caribe, inclusive los *Palmelas*, usen la voz *tune* como equivalencia de *agua*, lo que concuerda con el *une* de los *Nu* y el *wune* de los *Aruacos* y que sólo los Bakairí usen la voz *pará*.

Pará es una palabra muy usada en el interior de las Guayanas como equivalencia de *río*. En el Alto Orinoco, el Río Branco y el Essequibo, en fin en un vasto territorio, cuyos habitantes *todos* llaman el agua *tune*, encontramos la denominación *pará* para río. El mismo Río Branco se llama *Parima*, *Parima* la sierra que nos separa del Brasil y *Parima* también el supuesto lago del fabuloso Dorado. Un río Barima desemboca cerca del Delta

(3) Raymonde Breton, dictionnaire caribe-françois. Auxerre. 1905.

(4) Everard im Thurn, Among the indians of Guiana. London 1883.

del Orinoco, un *Parú* se hace tributario del Amazonas frente á la desembocadura del Xingú; Crevaux lo ha navegado y nos refiere que sus pobladores los Rucuyos (parientes de los Bakairí) ignoraban el significado de esta voz. (5)

Parima es sencillamente el *Parú-ima* de los Bakairí: agua grande (gran extensión de agua).

La antigua voz *parú* de los Caribes ha cedido su puesto al *tune*, tal vez por estar rodeadas por pueblos *Nu*, que usaban para el agua la voz *une*, y sólo se conservó, por algún tiempo, en su reducida aplicación á río, hasta al fin llegar á ser un simple nombre propio de ignorada significación.

No está muy lejana la época en que se efectuara este cambio, pues el banano ó plátano, introducido por los europeos y hasta entonces desconocido en América, obtuvo el nombre indígena *parurú* (planta de río ó acuática).

Lo cierto es que *parú* era la voz generalmente usada por los Caribes y que existe todavía una tribu que llama así el agua en su acepción común, que por consiguiente es una voz de puro origen Caribe, toda vez que no sería lógico suponer su adopción de tribus que la usan bajo la acepción de río. Lo contrario es lo lógico; es decir, que la voz *agua* se haya hecho extensiva para río.

Ninguna de las tribus *Nu* posee la voz *pará*.

De otras tribus la usan los *Panos*, quienes, según Castelnau llaman el Ucayale *paro* y los Moyoruna, que llaman *paro* el Marañón.

Otras voces, que nos ofrece Steinen y que de cierto modo vienen á hacer luz en la cuestión, son las equivalentes á sol, luna y fuego.

Steinen nos demuestra como estas voces se han modificado ó perdido bajo la influencia de elementos extraños, como el *Aruaco* y el *Nu* y como su primitiva forma sólo se ha conservado entre los Bakairí y algunas tribus cercanas. Por ejemplo:

Sisi sol de los Bakairí—*si* fuego de los *Panos* y *Mayorunas*—*si si* fuego de los *Antis* y *Uirinas* y *chie* luz, brillo de los *Chibchas*; *chi* sol de los *Cumanagotos*,—*chie* sol de los *Maipures*—*sese*, *sace* sol de los *Baures* y *saache* de los *Moxos*.

Entre los Caribes son los *Cumanagotos* los únicos que tienen esta voz en la forma no reduplicada, probablemente tomada del Maipure, idioma que fue muy generalizado en el Orinoco. Entre las demás tribus del grupo Caribe la poseen en la forma reduplicada los Bakairí, los Rucuyos, los *Apalai* y los *Pimenteira*, esto es los *Caribes al Sur del Amazonas ó los del cercano Parú*.

De las tribus del grupo *Nu*, tienen la voz bajo la acepción de sol, sólo los *Nu* de la altiplanicie, ó sean los *Moxos* y los *Baurés*, quienes la usan en la forma reduplicada; y en la sencilla sus parientes los Maipures del Orinoco.

Bajo la acepción de luz ó fuego la encontramos en distintas tribus, no relacionadas entre sí por otros caracteres etnológicos, pero que *viven todos al Oeste del meridiano 70°*.

Establecidas estas tres reglas, queda circunscrita la voz si si á la altiplanicie central, á las fuentes del Amazonas y á sus afluentes del Sur.

«Al Sur del Amazonas, pues, «dice Steinen, como consecuencia final de su profundo estudio», debemos buscar la patria de los Caribes», y supone él que puede precisarse en la región entre las fuentes del Madeira y las del Tapajoz. De allí se movieron algunas familias hacia el Norte y fijaron su residencia en las Guayanas, donde se extendieron por división en muchas pequeñas tribus. Otros permanecieron al Sur del Amazonas, sus principales representantes son los Bakairí. Sobre la migración de los *Palmelas* no pueden hacerse

(5) Crevaux, Voyages dans l'Amérique du Sud, Paris 1883.



¿Quo Vadis? — Popea (por Gilda Darthy)



¿Quo Vadis? — Eunice (por Mlle. S. Miérin)

deducciones ciertas, á causa de la vida nómada de sus últimas generaciones; parece que han venido de las Guayanas, por lo menos está comprobado que su separación de la primitiva familia Caribe es posterior á la de los Bakairí. El notable trabajo de Steinen, cuyas conclusiones han sido generalmente adoptadas por las principales autoridades científicas, permite, en resumen, distinguir tres épocas históricas:

I.—Extensión de los Nu. Dominio de los Aruacos en las pequeñas Antillas.

II.—Desarrollo del poder Caribe y su conquista de las islas.

III.—El avance de los Tupi hacia el Norte. Luégo la invasión de los europeos.

El cuadro etnológico que tuvo Steinen la suerte de contemplar en el Alto Xingú, es en todo sentido precolombiano. Los indios que habitan aquella región no tienen otros instrumentos y armas que los primitivos tallados en piedra, no conocían al perro hasta la llegada del explorador alemán é igualmente ignoraban la existencia y aplicación del plátano ó banana. Esta última interesante circunstancia confirma la opinión de De-Candolle, de que el plátano no es originario de la América (en contra de la opinión de Humboldt y otros) y nos dará materia para otro artículo que nos prometemos ofrecer en breve.

La Victoria, 1901.

A. JAHN, JR.

EL TIMBRE DE ALARMA

Huberto estaba solo en el departamento. El tren á todo vapor corría. Quemaba las estaciones, cortaba el viento, saltaba los puentes y hendía las praderas. Se sumergía bajo los túneles y volvía á aparecer en los bosques llenos de luz. Alternaban sordos vaivenes con la trepidación de los carriles, y el ruido de hierro de la carrera se modulaba en un ritmo obstinado, que obcecaba junto con el gorjeo de los vientos. Huberto, cuyos nervios estaban un poco irritados, porque estaba convaleciente, cometió el error de entregarse al análisis de las sen-



¿Quo Vadis? — Chilon (por Coquelin)

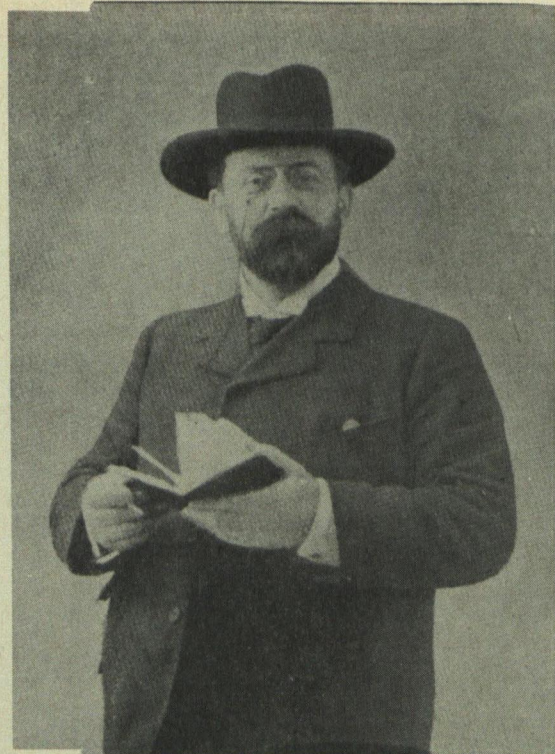
en la próxima estación, le era evocada por los asientos vacíos. El olor á cuero de los cojines sugería la turba de sueños ahí dormidos, de existencias furtivas que habían atravesado aquel vagón. La impersonalidad del sitio, poblado de vagas remembranzas, lo obcecó como esos cuartos amueblados de hotel, donde no se duerme más que una noche.

A poco una inquietud aumentó su malestar. Las ventanillas triangulares parecían un ojo que espía. La idea de que se le pudiese observar le disgustó. Levantóse, y maquinalmente miró, por las pequeñas vidrieras, hacia los departamentos vecinos. Uno estaba desocupado. En el otro había dos personas: enfrente de una mujer, de la que no veía más que la nuca bajo un gran sombrero de paja, un hombre de porte vulgar platicaba, á la vez que comía un bizcocho. Casualmente encontró la mirada de aquel hombre, se creyó adivinado, sorprendido en flagrante delito de espionaje, y se ocultó lleno de confusión.

Abrió un libro y quiso leer, pero las líneas brincaban bajo sus ojos: las palabras, privadas de la magia que las anima y aviva su sentido, le parecieron sin vida, sin interés, muertas. Quiso pensar, pero la idea que creía tener comenzó á correr sin que lograra alcanzarla, y le pareció entonces que se lanzaban tras ella con el ímpetu vertiginoso del tren. ¿En qué pensaba? se preguntó. Y se le figuraba atrapar al vuelo su idea, sin que lo consiguiera. Como desde su enfermedad tenía frecuentes pérdidas de memoria, creyó ver en aquel ligero accidente, una especie de decadencia precoz, y el malestar que experimentaba se tornó casi en angustia.

Reflexionando, se echó en cara su puerilidad y quiso dormir. Pero un zumbido rítmico llenaba sus oídos de ondas sonoras; pareciale zozobrar entre olas estruendosas, en medio de estrépitos de tempestad; precipitado al mar así borbotaría el agua, furibunda y rugiente en sus oídos. Y de aquella sugestión surgía, aunque improbable, un sentimiento de peligro.

Volvió á abrir los ojos: ásperos silbidos, estridentes y largos, escapados del tren loco, simulaban un grito de angustia. Pensó Huberto en un choque de



Emile Moreau, autor del drama ¿Quo Vadis?

trenes, en la sacudida horrible y en el aplastamiento asqueroso que sería aquél, bajo un sol de abril, bajo el cielo azul y fresco, donde flotaban nubes blancas y ligeras. De un vistazo abarcó el nítido paisaje, y un enternecimiento casi mórbido le empapó de lágrimas los ojos, hizo correr el calofrío á lo largo de su espalda. Decididamente, la soledad en nada le aprovechaba; pensaba mucho, y en cosas malsanas. Fastidio ó distracción, más le habría valido la compañía de otros viajeros.

Se puso triste: cuando de esa manera se abandonaba á sí mismo, sus pensamientos tornábanse sombríos. Aunque no tuviese una razón particular para ser desgraciado, una postración de debilidad y de impotencia lo amagaba, revivía en él la tristeza de tentativas frustradas, de esperanzas traicionadas, enturbiaba su alma el fango removido. Entonces meditaba en lo poco que la vida vale, y cuán pronto pasa y va á arrojarse, lentamente ó con saltos bruscos, á la muerte.

La muerte, á veces informada, callada, ahogada en él, era la que formaba el fondo de sus ensueños turbios como todo lo misterioso y terrorífico que se ve agitar en la noche, en un fondo de tinieblas: rumor de un paso, roce de una presencia. Frecuentemente, pareciale que la muerte estaba allí, como un sér material, tras él, que le soplaba en el cuello, y presa de indecible terror, permanecía quieto, encogido, no osando volver la cabeza.

El tren corría más aprisa, siempre más aprisa; y había en aquella rapidez algo de inexplicable, de ilógico, cuya obsesión empujaba á la pesadilla. Las ondas sonoras precipitaban su ritmo martillado. El vagón temblaba y jadeaba; campos, bosques, aldeas, ríos, no aparecían ya más que como imágenes de limbos, á

saciones especiales provocadas por el galopar del tren.

Viendo huir los árboles y los taludes en sentido inverso, y subir y descender los hilos del telégrafo, sintió á la larga una especie de vértigo. En ocasiones, un relámpago blanco lo deslumbraba: la casucha de un guardavías ó la rugosidad de un muro. Sombras de nube volaban sobre la tierra ó seguían caídas de sombras, como á la carrera, después de orlas de claridad. Hacia buen tiempo, la campiña estaba en flor, y los bosques, matizados aún de rojo, reverdecían. Parajes encantadores, paradas alegres, frescuras de descanso aparecían, fulguraban, desvaneciéndose luego. Y Huberto sufría casi con aquel desgarramiento rápido, con aquella sucesión de frívolos deseos y de nimios sueños, que el tren, en su carrera loca, mataba en él apenas nacidos.

Se absorbió, prefiriendo no mirar ya hacia fuera, en la contemplación del vagón: acariciaba suavemente el paño de los cojines, contaba las flores de las tapicerías, observaba el falso lujo anónimo del departamento de Primera que ocupaba. Sufría por estar solo. La presencia de otros viajeros, de viajeros constantes, sentados allí, ayer, y que subirían quizá

través de una nube de ceniza y de humo. Puesto el sol, todo, súbitamente se ennegreció. Parecía á Huberto que su vista disminuía; sintió frío en el alma. ¿Qué significaba aquella fuga desolada, sino el impetu simbólico de una vertiginosa carrera hacia la muerte?

Y era verdad: de una ó de otra manera, Huberto rodaba hacia el abismo; cada segundo, cada vaivén, cada rugido lo aproximaba á la caída, como el hombre arrastrado en las enormes aguas del Niágara ve desvanecerse las riberas, correr el cielo, oscilar el mundo, y se hunde, pavesa girante de catarata. Lanzó un grito, y con el corazón palpitante, con las sienes convulsas, cayó, se sintió literalmente caer en la sima, como en sueños, y asombrado de vivir aún, se encontró, algunos instantes después, todo lastimado por un quebrantamiento imaginario, sobre los cojines.

Maquinalmente, su mano hurgó en un saco de viaje buscando un frasco de sales ó de éter: no encontró nada. Entonces su angustia cambió de carácter; volviendo instintivamente la vista hacia el timbre de alarma que se suena en los casos desesperados, había pensado «Supongamos que me sintiera mal, que fuera á desfallecer: tendría el recurso de llamar». Pero no lo había acabado de pensar, cuando la imposibilidad de llamar lo confundió con una evidencia sin réplica: «¿Me atrevería, aún moribundo, á sonar ese timbre, á detener el tren lanzado á toda velocidad, á afrontar el espanto, la sorpresa de los empleados y de los viajeros? Sería un desorden terrible».

¡Pensamiento impertinente! ¡importuno análisis! Desde que concibió la idea de que podría, si quisiera, librarse de su absurda y horrible angustia, haciendo detener el tren, le atenaceó el corazón un deseo loco, acompañado de una impulsión irresistible. Se decía: «Si un asesino se introdujera aquí, en este instante, y se arrojara sobre mí, ¿vacilaría yo acaso?» Y luego esta duda, más enloquecedora aún que semejante terror: «Pero, ¿sonaría el timbre? ¿Funcionaría el mecanismo? ¿Llegarían á tiempo para salvarme?»

Dicho esto, fue perdido: la necesidad de saber, de saber inmediatamente, á cualquier precio, lo hostigó. Y aunque se decía: «Soy ridículo, lo que hago es idiota», se levantó á sonar el timbre. Todavía ante él, se dijo, como herido por el vértigo, entre el estruendo y el galope del tren: «Pero, ¿por qué, por qué hago esto, estoy loco acaso?» Y así pensando, frenéticamente, desesperadamente, tiraba del puño de cobre hasta arrancarlo, en una horripilación exquisita y atroz.

Hecho lo cual, y satisfecho su impulso, tornó á sentarse, tranquilo; se había hecho en él un gran silencio; y le volvía su aplomo. En el estribo, é inclinándose, espío con desinteresada curiosidad lo que iba á suceder como si se tratase de un extraño. Bruscamente apretados los frenos, patinó el tren un centenar de metros y murió lentamente, en medio de espantosa sacudida. Precipitábanse las cabezas, alarmadas, fuera de los vagones. Al inspector que acudía, respondió Huberto con mucha flemma:

—Me fastidiaba, y quería cambiar de vagón.

Lo que ejecutó, con bastante tranqui-



COQUETA. — Cuadro de Della Corte

lidad, subiendo de preferencia á un departamento donde había señoras.

Llegado á Lyon, se le hizo sufrir un interrogatorio; ¿era un loco ó un pésimo bromista? Interpelado por el jefe de estación para que justificara su acto, respondió con aire cortés, discreto y evasivo, pero un poco fastidiado:

—Era para ver si se detenía el tren.

Como era rico, bien emparentado, y daba altas referencias, fue absuelto mediante una fuerte multa que pagó galantemente.

Y desde entonces evita viajar solo.

PAUL MARGUERITE.

EN EL MAR

A las dos de la mañana llamaron á la puerta de la barraca.

—¡Antonio! ¡Antonio!

Y Antonio saltó de la cama. Era su compadre, el compañero de pesca, que le avisaba para hacerse á la mar.

Había dormido poco aquella noche. A las once todavía charlaba con Rufina, su

pobre mujer, que se revolvió inquieta en la cama hablando de los negocios. No podían marchar peor. ¡Vaya un verano! En el anterior los atunes habían corrido el Mediterráneo en bandadas interminables. El día que menos se mataban docientas ó trescientas arrobas; el dinero circulaba como una bendición de Dios, y los que como Antonio guardaron buena conducta é hicieron sus ahorrillos, se emanciparon de la condición de simples marineros, comprándose una barca para pescar por cuenta propia.

El puertecillo estaba lleno. Una verdadera flota lo ocupaba todas las noches, sin espacio apenas para moverse; pero con el aumento de barcas había venido la carencia de pesca.

Las redes solo sacaban algas ó pez muerto; morralla de la que se deshace en la sartén. Los atunes habían tomado este año otro camino, y nadie conseguía izar uno sobre su barca.

Rufina estaba aterrada por esta situación. No había dinero en casa; debían en el horno y en la tienda, y el señor Tomás, un patrón retirado, dueño del pue-

blo por sus judiadas, les amenazaba continuamente si no entregaban *algo* de los cincuenta duros con intereses que les había prestado para la terminación de aquella barca tan esbelta y tan velera que consumió todos sus ahorros.

Antonio, mientras se vestía, despertó a su hijo, un grumete de nueve años que le acompañaba en la pesca y hacia el trabajo de un hombre.

—A ver si hoy tenéis más fortuna—murmuró la mujer desde la cama.—En la cocina encontrarás el capazo de las provisiones.... Ayer ya no querían fiarme en la tienda. ¡Ay, señor! ¡Y qué oficio tan perro!

—Calla, mujer; malo está el mar, pero Dios proveerá. Justamente vieron ayer algunos un atún que va suelto; un *viejo* que se calcula pesa más de treinta arrobas. Figúrate si lo cogiéramos.... Lo menos sesenta duros.

Y el pescador acabó de arreglarse pensando en aquel pescadote, un solitario que separado de su manada volvía por la fuerza de la costumbre a las mismas aguas que el año anterior.

Antoñico estaba ya de pie y listo para partir, con la gravedad y satisfacción del que se gana el pan a la edad en que otros juegan; al hombro el capazo de las provisiones y en una mano la banasta de los roveles, el pez favorito de los atunes, el mejor cebo para atraerles.

Padre é hijo salieron de la barraca y siguieron la playa hasta llegar al muelle de los pescadores. El compadre les esperaba en la barca, preparando la vela.

La flotilla removíase en la obscuridad agitando su empalizada de mástiles. Corriendo sobre ella las negras siluetas de los tripulantes, rasgaba el silencio el ruido de los palos cayendo sobre cubierta, el chirriar de las garruchas y las cuerdas, y las velas desplegadas en la obscuridad como enormes sábanas.

El pueblo extendía hasta cerca del agua sus calles rectas, orladas de casitas blancas, donde se albergaban por una temporada los veraneantes; todas aquellas familias venidas del interior en busca del mar. Cerca del muelle, un cacerón mostraba sus ventanas como hornos encendidos, trazando regueros de luz sobre las inquietas aguas.

Era el Casino. Antonio lanzó hacia él una mirada de odio. ¡Cómo trasnochaban aquellas gentes! Estarían jugando el dinero.... ¡Si tuvieran que madrugar para ganarse el pan!

—¡Iza! ¡Iza! Que van muchos delante.

El compadre y Antoñico tiraron de las cuerdas y lentamente se remontó la vela latina, estremeciéndose al ser curvada por el viento.

La barca se arrastró primero mansamente sobre la tranquila superficie de la bahía; después ondularon las aguas y comenzó a cabecear: estaban fuera de puntas, en el mar libre.

Al frente, el oscuro infinito, en el que parpadeaban las estrellas, y por todos lados, sobre la mar negra, barcas y más barcas que se alejaban como puntia-gudos fantasmas, resbalando sobre las olas.

El compadre miraba el horizonte.

—Antonio, cambia el viento.

—Ya lo noto.

—Tendremos mar gruesa.

—Lo sé; pero ¡adentro! Alejémonos de todos estos que barren el mar.

Y la barca, en vez de ir tras las otras que seguían la costa, continuó con la proa mar adentro.

Amaneció. El sol rojo y recortado cual enorme oblea, trazaba sobre el mar un triángulo de fuego y las aguas hervían como si reflejasen un incendio.

Antonio empuñaba el timón, el compañero estaba junto al mástil y el chicuelo en la proa explorando el mar. De la popa y las bordas pendían cabelleras de hilos que arrastraban sus cebos dentro del agua. De vez en cuando, tirón y arriba un pez, que se revolvió y brillaba como estaño animado. Pero eran piezas menudas.... nada.

Y así pasaron las horas; la barca siempre adelante, tan pronto acostada sobre las olas como saltando, hasta enseñar su panza roja. Hacía calor, y Antoñico escurriase por la escotilla para beber del tonel de agua metido en la estrecha cala.

A las diez habían perdido de vista la tierra; únicamente se veían por la parte de popa las velas lejanas de otras barcas, como aletas de peces blancos.

—¡Pero, Antonio!—exclamó el compadre.—¿Es que vamos a Orán? Cuando la pesca no quiere presentarse, lo mismo da aquí que más adentro.

Viró Antonio y la barca comenzó a correr bordadas; pero sin dirigirse a tierra.

—Ahora—dijo alegremente—tomemos un bocado. Compadre trae el capazo. Ya se presentará la pesca cuando ella quiera.

Para cada uno un enorme mendrugo y una cebolla cruda, machacada a puñetazos sobre la borda.

El viento soplabla fuerte y la barca cabeceaba rudamente sobre las olas de larga y profunda ondulación.

—¡Pae!—gritó Antoñico desde la proa—un pez grande; *mu* grande.... ¡Un atún!

Rodaron por la popa las cebollas y el pan y los dos hombres asomáronse a la borda.

Sí, era un atún; pero enorme, ventruído, poderoso, arrastrando casi a flor de agua su negro lomo de terciopelo; el solitario tal vez de que tanto hablaban los pescadores. Flotaba poderosamente, pero con una ligera contracción de su fuerte cola, pasaba de un lado a otro de la barca y tan pronto se perdía de vista como reaparecía instantáneamente.

Antonio enrojé de emoción y apresuradamente echó al mar el aparejo con un anzuelo grueso como un dedo.

Las aguas se enturbiaron y la barca se conmovió, como si alguien con fuerza colosal tirase de ella deteniéndola en su marcha é intentando hacerla zozobrar. La cubierta se bamboleaba como si huyese bajo los pies de los tripulantes, y el mástil crugía a impulsos de la hinchada vela. Pero de pronto, el obstáculo cedió y la barca, dando un salto, volvió a emprender su marcha.

El aparejo, antes rígido y tirante, pendía flojo y desmayado. Tiraron de él y salió a la superficie el anzuelo, pero roto, partido por la mitad, a pesar de su tamaño.

El compadre meneó tristemente la cabeza.

—Antonio, ese animal puede más que nosotros. Que se vaya y demos gracias porque ha roto el anzuelo. Por poco más nos vamos a fondo.

—¿Dejarlo?—gritó el patrón.—¡Un demonio! ¿Sabes cuánto vale esa pieza? No

está el tiempo para escrúpulos ni miedos. ¡A él! ¡A él!

Y haciendo virar la barca, volvió a las mismas aguas donde se había verificado el encuentro.

Puso un anzuelo nuevo; un enorme gancho, en el que ensartó varios roveles, y sin soltar el timón agarró un agudo bichero. ¡Flojo golpe iba a soltarle a aquella bestia estúpida y fornida como se pusiera a su alcance!

El aparejo pendía de la popa casi recto. La barca volvió a estremecerse, pero esta vez de un modo horrible. El atún estaba bien agarrado y tiraba del sólido gancho deteniendo la barca, haciéndola danzar locamente sobre las olas.

El agua parecía hervir; subían a la superficie espumas y burbujas en turbio remolino, cual si en la profundidad se desarrollase una lucha de gigantes, y de pronto la barca, como agarrada por oculta mano, se acostó, invadiendo el agua hasta la mitad de la cubierta.

Aquel tirón derribó a los tripulantes. Antonio, soltando el timón, se vió casi en las olas; pero sonó un crugido y la barca recobró su posición normal. Se había roto el aparejo, y en el mismo instante apareció el atún junto a la borda, casi a flor de agua, levantando enormes espumarajos con su cola poderosa. ¡Ah, ladrón! ¡Por fin se ponía a tiro! Y rabiosamente, como si se tratara de un enemigo implacable, Antonio le tiró varios golpes con el bichero, hundiendo el hierro en aquella piel viscosa. Las aguas se tiñeron de sangre y el animal se hundió en un rojo remolino.

Antonio respiró al fin. De buena se habían librado: todo duró algunos segundos; pero un poco más, y se hubieran ido al fondo.

Miró la mojada cubierta y vió al compadre, al pie del mástil, agarrado a él, pálido, pero con inalterable tranquilidad.

—Creí que nos ahogábamos, Antonio. ¡Hasta he tragado agua. ¡Maldito animal! Pero buenos golpes le has atizado. Ya verás como no tarda en salir a flote.

—¿Y el chico?

Esto lo preguntó el padre con inquietud, con zozobra, como si temiera la respuesta.

No estaba sobre cubierta. Antonio se deslizó por la escotilla, esperando encontrarlo en la cala. Se hundió en agua hasta la rodilla: el mar la había inundado. ¿Pero quién pensaba en esto? Buscó a tientas en el reducido y oscuro espacio, sin encontrar más que el tonel de agua y los aparejos de repuesto. Volvió a cubierta como un loco.

—¡El chico! ¡El chico!.... ¡Mi Antoñico!

El compadre torció el gesto tristemente. ¿No estuvieron ellos próximos a ir al agua? Atolondrado por algún golpe se habría ido al fondo como una bala. Pero el compañero, aunque pensó todo esto, nada dijo.

Lejos, en el sitio donde la barca había estado próxima a zozobrar, flotaba un objeto negro sobre las aguas.

—¡Allá está!

Y el padre se arrojó al agua, nadando vigorosamente, mientras el compañero amainaba la vela.

Nadó y nadó; pero sus fuerzas casi le abandonaron al convencerse de que el objeto era un remo, un despojo de su barca.

Cuando las olas le levantaban, sacaba

el cuerpo fuera para ver más lejos. Agua por todas partes. Sobre el mar sólo estaban él, la barca que se aproximaba y una curva negra que acababa de surgir y que se contraía espantosamente sobre una gran mancha de sangre.

El atún había muerto.... ¡Valiente cosa le importaba! ¡La vida de su hijo único, de su Antonio, á cambio de la de aquella bestia! ¡Dios! ¿Era esto manera de ganarse el pan?

Nadó más de una hora, creyendo á cada razonamiento que el cuerpo de su hijo iba á surgir bajo sus piernas; imaginándose que las sombras de las olas eran el cadáver del niño que flotaba entre dos aguas.

Allí se hubiera quedado; allí habría muerto con su hijo. El compadre tuvo que pescarlo y meterlo en la barca como un niño rebelde.

—¿Qué hacemos, Antonio?

El no contestó.

—No hay que tomarlo así, hombre. Son cosas de la vida. El chico ha muerto donde murieron todos nuestros parientes, donde moriremos nosotros. Todo es cuestión de más pronto ó más tarde.... Pero ahora, á lo que estamos; á pensar que somos unos pobres.

Y preparando dos nudos corredizos

apresó el cuerpo del atún y lo llevó á remolque de la barca, tiñendo con sangre las espumas de la estela.

El viento les favorecía, pero la barca estaba inundada, navegaba mal, y los dos hombres, marineros ante todo, olvidaron la catástrofe y con los achicadores en la mano, encorvándose dentro de la cala, arrojando paletadas de agua al mar.

Así pasaron las horas. Aquella ruda faena embrutecía á Antonio, le impedía

pensar; pero de sus ojos rodaban lágrimas y más lágrimas, que mezclándose con el agua de la cala, caían en el mar sobre la tumba del hijo.

La barca navegaba con creciente rapidez, sintiendo que se vaciaban sus entrañas.

ricia el ritmo de alegres vales. El viento de tierra saludaba á la barca con melodías vivas y alegres. Era la música que tocaba en el paseo, frente al Casino. Por debajo de las achatadas palmeras desfilaban, como las cuentas de un rosario de colores, las sombrillas de seda, los sombreritos de paja, los trajes claros y vistosos de toda la gente de verano.

Los niños, vestidos de blanco y rosa, saltaban y corrían tras sus juguetes, ó formaban alegres coros girando como ruedas de colores.

En el muelle se agolpaban los del oficio: su vista, acostumbrada á las inmensidades del mar, había reconocido lo que remolcaba la barca. Pero Antonio sólo miraba al extremo de la escollera á una mujer alta, esbelta y negruzca, erguida sobre un peñazco, y cuyas faldas arremolinaba el viento.

Llegaron al muelle. ¡Qué ovación! Todos querían ver de cerca al enorme animal. Los pescadores, desde sus botes, lanzaban envidiosas miradas; los pilletes, desnudos, de color de ladrillo, echábanse al agua para tocarle la enorme cola.

Rufina se abrió paso entre la gente, llegando hasta su marido, que con la cabeza baja y una expresión estúpida oía las felicitaciones de



ACÉPTALA. — Por E. von Blaas

El puertecillo estaba á la vista, con sus masas de blancas casitas doradas por el sol de la tarde.

La vista de tierra despertó en Antonio el dolor y el espanto adormecidos.

—¿Qué dirá mi mujer? ¿Qué dirá mi Rufina?—gemía el infeliz.

Y temblaba como todos los hombres enérgicos y audaces, que en el hogar son esclavos de la familia.

Sobre el mar deslizábase como una ca-

los amigos.

—¿Y el chico? ¿Dónde está el chico?

El pobre hombre aun bajó más su cabeza. La hundió entre los hombros, como si quisiera hacerla desaparecer, para no oír, para no ver nada.

—¿Pero dónde está Antonio?

Y Rufina, con los ojos ardientes, como si fuera á devorar á su marido, le agarraba de la pechera, zarandeando rudamente á aquel hombrón. Pero no tardó en

soltarle y levantando los brazos, prorrumpió en espantoso alarido:

—¡Ay, Señor!... ¡Ha muerto! ¡Mi Antoñico se ha ahogado! ¡Está en el mar!

—¡Sí, mujer—dijo el marido lentamente, con torpeza, balbuceando y como si le ahogaran las lágrimas.—Somos muy desgraciados. El chico ha muerto; está donde su abuelo; donde estaré yo cualquier día. Del mar comemos y el mar ha de tragarnos... ¡Qué remedio! No todos nacen para obispos.

Pero su mujer no le oía. Estaba en el suelo, agitada por una crisis nerviosa, y se revolcaba pataleando, mostrando sus flacas y tostadas desnudeces de animal de trabajo, mientras se tiraba de las greñas, arañándose el rostro.

—¡Mi hijo!... ¡Mi Antoñico!...

Las vecinas del barrio de los pescadores acudieron a ella. Bien sabían lo que era aquello: casi todas habían pasado por trances iguales. La levantaron, sosteniéndola con sus poderosos brazos, y emprendieron la marcha hacia su casa.

Unos pescadores dieron un vaso de vino a Antonio, que no cesaba de llorar. Y mientras tanto, el compadre, dominado por el egoísmo brutal de la vida, regateaba bravamente con los compradores de pescado que querían adquirir la hermosa pieza.

Terminaba la tarde. Las aguas, ondeando suavemente, tomaban reflejos de oro.

A intervalos sonaba cada vez más lejos el grito desesperado de aquella pobre mujer, desgredada y loca, que las amigas empujaban a casa.—¡Antoñico! ¡Hijo mío!

Y bajo las palmeras, seguían desfilando los vistosos trajes, los rostros felices y sonrientes, todo un mundo que no había sentido pasar la desgracia junto a él, que no había lanzado una mirada sobre el drama de la miseria; y el vals elegante, rítmico y voluptuoso, himno de la alegre locura, deslizábase armonioso sobre las aguas, acariciando con su soplo la eterna hermosura del mar.

V. BLASCO IBAÑEZ.

VOCES DE LA NATURALEZA

SECCION SEGUNDA

VOCES, SONIDOS Ó RUIDOS QUE PRODUCEN
ALGUNAS OTRAS COSAS

(Continuación)

Azota la lluvia. Traslaticamente se azotan las calles.

Borolla y **borbota**, **bulle** y **burbujea** el agua.
Braman los mares embravecidos, el huracán, el aquilón.

Carcome el insecto llamado carcoma, el cual roe y taladra la madera, produciendo un ruido especial. *Carcome* también la envidia, sin producir ruido alguno.

No se confunda la carcoma con el comején, que es otro insecto con el cual tiene alguna semejanza; pero que es silencioso.

Castañetea los dientes, las choquezuelas.
Clamorean las campanas, tocando a muerto.
Claquea la lengua, haciendo *clac clac*.
Crepita y **decrepita** el fuego, la fusilería.
Crujen las sedas, los dientes.

Chacolatean las herraduras al estar flojas ó faltarles clavos.

Chasquean el látigo, los remos en el agua, la madera cuando se abre por sequedad ó mutación de tiempo.

Chilla la sartén al freír.
Chirrian los carros, las puertas.
Chispea el fuego.

Chisporrotean las lámparas.

Choca especialmente se dice de un cuerpo móvil contra otro fijo; así como la nave contra una roca.

Despéñase con estrépito el torrente.

Detonan las armas de fuego.

Entrechócanse dos cuerpos en movimiento; tales como dos trenes de un ferrocarril, las espadas de dos combatientes.

Espuma el champaña, la olla ó puchero.

Estallan los rayos, las bombas, dando estallidos.

Estremécese la tierra, el ánimo sobresaltado.

Fritura el teléfono.

Gimen los céfiro.

Glu-glu hace la botella al vaciarse.

Gor-gor hace el gorgojo, corroyendo los granos de los cereales.

Hierven los líquidos por efecto del fuego, ó de la fermentación.

Jadean las locomotoras.

Late y **palpita** el corazón.

Matraquea la matraca ó carraca, produciendo el matraqueo que en la semana-santa suple las campanas en las iglesias.

Muge la sirena ó trompa de vapor. Las ninfas fabulosas del mar llamadas Sirenas, cantan con melodía sin igual encantadora.

Murmuran las fuentes.

Piafa el caballo, alzando ya una mano, ya otra, dejándolas caer con fuerza y rapidez casi en el mismo sitio de donde las levantó.

Pitan los pitos ó pífanos.

Precipítanse con estruendo las cataratas.

Puf-puf, ruido que produce el pavo con las alas haciendo la rueda.

Rechinan los goznes, los dientes.

Redobla el tambor.

Repercuten los ecos.

Repican y **repiqueatean** las campanas.

Restallan las hondas.

Resuenan la trompeta, el clarín, la corneta.

Retintinan ó **retiñen** las campanillas, dando el retintín; ó sea sonando *tíñin-tíñin*.

Retumban los truenos.

Revientan las olas.

Rimbomban los bombos, y todo lo rimbombante.

Rugen las tempestades, la multitud enfurecida.

Rumorea el público, formando un *rum-rán*.

Silban el silbato, las locomotoras, las balas, las flechas.

Soplan los vientos, los fuelles; y figuradamente sopla también la fortuna.

Susurran las auras.

Tabletea el trueno, cuyo ruido semeja un enorme tableteo.

Tañe el esquilón. Dicese: Trompa tañida, campana tañida.

Tascan los caballos el freno.

Tic-tac hace el reloj.

Trapalea el trapalón, haciendo trápalas.

Traquean ó **traquetean** el cohete, dando el traque; las maderas, dando traquidos.

Treme y **trepida** la tierra.

Truenan y **retruenan** el trueno, el cañón. Dice un adagio «Tronar como arpa vieja».

Dicese asimismo: Júpiter tonante, en vez de tronante.

Vibran los cuerpos sonoros; como el bronce, las cuerdas de un instrumento de música, las espadas al cruzarse. Vibran también el aire, la luz. Suele decirse igualmente que vibran las estrellas fijas.

Zumban los vientos, los oídos.

Zurre ó **zurria**, bronca desapacible y confusamente alguna cosa, produciendo zurridos.

Dicese: El estampido del rayo.

El estertor del moribundo.

El estrépito de la catástrofe.

El estridor de la batalla.

El estruendo de la artillería.

La explosión de un polvorín, de una bomba.

El fragor de la tormenta.

NOTA.—Las voces contenidas en esta Sección (lo mismo que se dijo en la nota segunda de la sección primera), pueden aplicarse á otros casos distintos de los expresados aquí. La extensión que esto admite es punto que depende del criterio y buen gusto del que habla ó escribe.

Es de observarse igualmente que las más de estas voces son onomatopéyicas.

El popular académico venezolano, don Manuel

María Fernández, en una de sus chispeantes y ocu-
rrentes crónicas dijo: «La estudiantina Española de Caracas hizo *murmurar* las bandurrias, *cantar* los violines, *armonizar* las guitarras y *sollozar* al violoncello.»

He aquí otro texto de don Isaías S. Garbiras.

«El amor-Dios que completa al Creador con la inmortalidad de su criatura por excelencia, y á des-
pecho de la humana hipocresía, vive en la natura-
leza, *palpita* en el trueno, *respira* en el rayo, *mira*
en el sol, *carcajea* en las tempestades, *llora* en la
lluvia, *se mueve* en los mares, *traspira* en la tierra,
conversa en el éter, *suspira* en la luz y *muere* en la
vida».

MODELOS

Insertaremos como modelos las siguientes estro-
fas, simétricas en la forma cuanto opuestas en el sen-
tido; en las cuales aparecen usados con propiedad
y gallardía, algunos de los términos onomatopéy-
icos citados anteriormente:

«Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento,
Cuando retumba el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento,
Para arrojarme eterna tremenda maldición.»

Después de los tremendos de Mármol que anteceden,
oigamos ahora, en contraposición, los acentos
dulcísimos del inimitable Zorrilla.

«Paloma de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro, la gloria del Señor.»

Esto es admirable. El gran cantor, el cantor hu-
mano por excelencia, el cantor de las armonías
ideales, sintiendo la insuficiencia de sus recursos,
invoca á las palomas de los valles, á las claras fuen-
tes, á los amenos bosques; y pídeles, humildemen-
te, prestada su voz, para poder entonces cantar digne-
mente, á par de ellos, la Gloria del Señor!

Cerremos copiando otro magnífico ejemplo de
onomatopeya que nos ofrece el poeta ecuatoriano
don José Joaquín Olmedo:

«El trueno horrendo que en fragor revienta,

Y sordo retumbando se dilata

Por la inflamada esfera,

Al Dios anuncia que en el cielo impera.»

SONIDOS PROBLEMÁTICOS

Existen algunas otras voces que acaso implican
sonidos; pero tan tenues y sutiles que parece que se
perciben por la vista ó la imaginación, más que por
el oído.

Tales son: Centellar ó centellear, destellar, fla-
mear, fulgurar, fulminar, ondular, oscilar, parpadear
y pestañear, relampaguear, rielar, rutilar, tritar, ti-
tillar, titubear, tremolar, vacilar, zozobrar.

Centellan ó **centellean** las centellas, los ojos.
También la luna deja escapar sus temerosas cen-
telleaciones.

Destella, con resplandor puro y efímero, la luz
cuando despidе ráfagas intensas que se encienden
y apagan casi instantáneamente. Dicese también:
Destellos de la inteligencia.

Flamean las banderas. Tiene analogía con *Tre-
molar*.

Fulguran los rayos, el relámpago; y todo lo
que despidе rayos de luz propia.

Fulminan con explosión, ciertas pólvoras, cier-
tas cápsulas. Fulmina rayos la tempestad. También
metafóricamente el Vaticano fulmina anatemas.

Ondulan las aguas formando ondas, las palme-
ras, la mujer de flexible taile.

Oscilan los péndulos.

Parpadean y **pestañean** los ojos. Figurada-
mente suele decirse también de las estrellas.

Relampaguean los relámpagos, los ojos ira-
cundos.

Rielan la luna en el mar, en un lago; las es-
trellas también rielan.

Rutilan los astros.

Tiritan los friolentos. Tienen analogía con *Ti-
tillar*.

Titila con ligero temblor alguna parte del orga-
nismo animal. Tiene analogía con *Tritilar*. Por ex-
tensión se dice también que titilan las estrellas fi-
jas; no las errantes ó planetas. V. *líbran* en la se-
rie anterior.

Titubean los edificios, los muros. Tiene analo-
gía con *Vacilar*.

Tremolan los pendones, las banderas, los estan-
dartes, los penachos. Tiene analogía con *Fla-
mear*.

Vacilan con movimiento indeterminado algunos
puentes, los ebrios. Tiene analogía con *Titubean*.

Zozobran las naves, el ánimo.

Advertencias relativas á la formación de algunos verbos usados en este opúsculo, y que no constan en el Diccionario de la Academia.

Bordonear. Es un derivado de bordón, no en el sentido equivalente á bastón; sino en el de cuerdas gruesas de un instrumento de música; en este sentido lo creemos aplicable con propiedad al cigarrón, principalmente.

Claquear. Es hacer ruido con la lengua desprendiéndola bruscamente del paladar con cierto repetido golpeo, que produce un sonido semejante á *clac-clac*.

Esgarrar. Voz de formación onomatopéyica usada en Colombia, Cuba, Venezuela, y quizás también en algunos otros países hispanos. Equivale á *expectorar*.

Gluglutar. Derivación del sonido *glu-glu* que forman los pavos. En francés existe el verbo *glou-glouter*.

Margotar. Término calcado del francés *margoter*, por no tener en nuestro idioma ningún otro que le supla.

Piular. Del francés *piuler* en el sentido de cantar lamentándose. Acaso sea correlativo al castellano *paular*.

Ronronear. Derivado onomatopéyico del *ronron* que forman el gato y el tigre. En francés se dice *ronroner*.

Se encuentran además algunas otras derivaciones obvias formadas por analogía; tales son: *Barrilar* de barrito, *bullangear* de bullanga, *chicharrear* de chicharra, *fríturar* de fritura, *garrular* de gárrulo, *retintinar* de retintín, *rumorear* de rumor.

Cúmplenos en conclusión manifestar al lector, para los fines consiguientes, que en algunos puntos de este *Entretimiento* nos hemos apartado un tanto de lo que dispone el Diccionario de la Academia, edición duodécima; no obstante que sobre él en general está calcado, y en parte también sobre la geografía de Venezuela por Agustín Codazzi, y otras varias obras que hemos tenido á la vista.

BALDOMERO RIVODO.

SUETOS EDITORIALES

"VESTIGIOS"

Con la aparición del presente número de EL COJO ILUSTRADO coincidirá la salida de un volumen de poesías que irá á decir á propios y extraños cómo es de pura y espontánea la inspiración bajo el cielo tropical y con qué gentileza rinden culto á la belleza y al arte nuestros jóvenes ingenios.

Vestigios se intitula ese volumen de versos y su autor es nuestro distinguido colaborador Juan E. Arcia en cuyo blasón de poeta aparece de relieve la siguiente leyenda: numen é ilustración.

En las poesías originales se destaca la personalidad de un poeta inspirado y correcto; y en las traducciones se observa la energía asimilativa de ese poeta al interpretar ideas y sentimientos de líricos eminentes.

En materia de versiones, Arcia pertenece al escaso número de los que refrenan su fantasía para hacer resaltar la fidelidad. Así lo ha hecho traduciendo el emocionante poema de Byron, intitulado *Parísina*.

La versión de ese poema acentuará la reputación del joven poeta. Y ese hecho constituirá para nosotros una de las más gratas satisfacciones.

Créalo así el colaborador y el amigo.

ROSAURA PONCE DE LORES

Ruda pena tortura el corazón de nuestro estimado amigo y colega señor Maximiliano Lores, Redactor de *La Linterna Mágica*. La muerte arrebató del hogar sencillo y virtuoso al noble ser de quien dijo el poeta: que es nuestra providencia sobre la tierra en los primeros años de la vida: nuestro apoyo más firme en los días de la adolescencia; y nuestra amiga más

tierna y más leal en los años tempestuosos de la juventud.

Nos inclinamos respetuosos ante la tumba de aquella noble madre y tomamos parte en el duelo del hijo que supo siempre amarla y venerarla.

TRADUCCION

De la célebre obra del Padre Didón, intitulada *Jesucristo*, ha seguido traduciendo algunos capítulos nuestro honorable colaborador don Marco-Antonio Saluzzo. El segundo, con que favorece hoy las páginas de EL COJO ILUSTRADO, se refiere á la conversión de la Samaritana; y allí aparece bellamente ampliado el episodio que inspiró á San Juan el capítulo iv de su Evangelio.

Del Padre Didón decía, hace un año, en la iglesia de Santa Clotilde, el Abate Gardey:

«Oh, Padre! Vivis en el cielo la vida eterna y vivís entre nosotros por vuestros ejemplos y por vuestras virtudes. Atravesamos tiempos difíciles; pero si aún pudiésemos hablarnos, diríais que estos tiempos son los mejores para la salud de nuestras almas y nos exhortaríais á continuar trabajando y cumpliendo nuestro deber por la grandeza de la Iglesia y de la Patria».

Nos apoyamos en estas justicieras palabras, para recomendar la sabia lectura del inolvidable Padre Didón.

DOLORES E. DE GARCÍA

Pagó su tributo á la naturaleza la honorable madre de familia, título al cual hermanó los que las almas bondadosas conquistan en el ejercicio del bien.

Sea su alma grata al cielo; y reciban sus deudos, particularmente su hijo el respetable caballero señor General Julio Sabás García, la sentida expresión de nuestra condolencia.

ECCE HOMO

Nuestro amigo, el inspirado poeta y doctor Alirio Díaz Guerra nos ha obsequiado con un ejemplar de su última obra literaria: el poema titulado *Ecce Homo*.

Mucho, muchísimo puede y aun debe decirse acerca de dicho poema que oculta en forma artísticamente trabajada el eterno, el insolitivo problema de la vida: El más allá.

Jesu-Cristo es el centro de la obra del doctor Díaz Guerra.

No es extraño.

«Lábaro de nuestras contradicciones», dicele Renán, «tú serás la bandera en cuyo torno se librará la más ardiente de las batallas; y mil veces más vivo, «más amado después de tu muerte que cuando cruzaste por este valle de lágrimas, llegarás á afianzarte de tal modo como piedra angular de la máquina humana, que borrar tu nombre de los anales del mundo equivaldría á conmovirlo hasta en sus fundamentos. Entre «Dios y Tú no existe ninguna diferencia. «Toma, pues, posesión de tu reino, súblime vencedor de la muerte; del reino «á donde irán en seguimiento tuyo, por «la vía que trazaste, y por siglos de siglos, millares de adoradores».

Es posible que alguno de los colaboradores de EL COJO ILUSTRADO ocupe sus columnas con un juicio acerca de la obra del doctor Díaz Guerra, á quien enviamos junto con nuestras gracias las felicitaciones que como artista le son debidas.

POLITA DE LIMA

De Coro, la ciudad natal, á donde regresó no ha mucho, después de haber sido galantemente agazajada en Caracas, nos ha enviado la inspirada poetisa Polita de Lima el delicado romance que con el título de «Mensajera» aparece en las páginas de la presente edición.

Crea nuestra celebrada colaboradora que EL COJO ILUSTRADO sabe apreciar el valioso recuerdo con que lo ha favorecido.

POESÍA

Recientemente publicó EL COJO ILUSTRADO una poesía del joven oriental Julio César Silva, cursante de Derecho en la Universidad Central; y hoy se complace nuevamente en traer á sus páginas otra poesía del mismo autor.

De este modo sigue cumpliendo EL COJO ILUSTRADO una de las obligaciones que se impuso desde el día de su aparición: la de estimular franca y decididamente todas aquellas jóvenes inteligencias que fuesen otras tantas promesas para las letras patrias.

En los versos de Silva se observa la encomiable aspiración del poeta á encerrar su pensamiento en las más delicadas formas del arte.

FÉLIX MATOS BERNIER

De nuevo visita á Caracas el reputado literato puertorriqueño; y en esta ocasión nos ha obsequiado con un ejemplar de su último libro de poesías, volumen decimoquinto de sus trabajos literarios, entre los cuales figura un estudio histórico acerca de Bolívar y de su obra rectora.

Cantos Rodados es el título del libro de Matos Bernier, y trae prólogos de Manuel Zeno Gandía, Luis Rodríguez Cabrero y Juan Hernández López.

El primero de éstos, eminente novelista antillano, dice al autor de *Cantos Rodados*:—«Observaciones subjetivas inspiran sus sonetos. Buscan ideas en las alturas de la verdad; impresiones en la contemplación, siquiera ideal, del bien; pensamiento en la sinceridad honrada del filósofo. Todo eso es mérito. Del fango de las calles no nacen ni poetas, ni periodistas, ni tribunos, ni patriotas. Cuando la hipocresía aparenta grandezas nacidas en el pantano, que se ostentan como hijos de Júpiter, los hechos revelan pronto la impostura, y entonces son los que escriben versos los que rien de los grandes hombres».

Al quedar reconocidos al poeta por el galante envío de su obra, presentamos á nuestros lectores una muestra de ella en el soneto que reproducimos en el presente número.

"EL ZANCUDO ILUSTRADO"

Después de largos años de haber suspendido su publicación semanal, reapareció el 15 de mayo último, para circular diariamente y venderse al pregón, el simpático colega caraqueño, cuya presencia en la palestra de la prensa nacional se remonta al año de 1876.

En su segunda época viene dirigido y administrado, respectivamente, por los señores J. V. de Aramburu y Aurelio Lyon, á quienes deseamos el mayor éxito en sus labores.

Nos ha sido grata la reaparición del colega, y nos apresuramos á hacerle la primera visita apenas tuvimos noticia de su circulación.

NUESTROS GRABADOS

Caracas

Reproduce el grabado el centro de la principal plaza de la capital, sitio en que se levanta imponente, sobre rico pedestal de granito, la estatua ecuestre del Libertador y Padre de la Patria. Despierta sentimientos elevados la bizarra actitud del héroe, que saluda con la diestra á un pueblo libre, mientras sofrena con la izquierda al brioso corcel encabritado, y flota al viento la amplia capa que pudo ser clámide imperial si en el alma del guerrero no se hubiese arraigado profundamente el sentimiento de la Libertad.

.....Tras del monumento, medio borrada por el ramaje de los árboles, la severa fachada de la antigua Catedral.....

San Juan de Puerto Rico

Del incendio del muelle hablan las cuatro ilustraciones con la triste elocuencia del desastre. El incendio comenzó á las 5 y 10 minutos de la tarde del día 30 de abril último. Diez minutos después, los oficinistas se ven obligados á arrojar al agua para salvarse. Las llamas crecen con violencia; es imposible detener la onda de fuego; y á las cinco y treinta minutos desaparece por completo el edificio.

Dos crepúsculos rojos iluminaban el puerto. Con el incendio del ocase se hermanaban las llamaradas del fuego que destruí el muelle con voracidad irresistible. Como queriendo ennegrecer al espacio, gruesa columna de humo elevábase desde la entraña trágica de la catástrofe; pero la púrpura dominaba sobre la gris, y solo pudo ser vencida cuando la noche tendió sobre el planeta su manto de sombras.

Una de las ilustraciones presenta el aspecto del muelle después de la catástrofe.

Guardatinajas

Para la pequeña población guariqueña, «La Aguada» constituye un centro de animación y vida. Y grato es ver como se agrupan allí los vecinos, sintiendo la frescura del agua, al pie de las palmeras sombreantes y de los sonoros platanales.

«¿Quo Vadis?»

Represéntase actualmente en el teatro de la *Porte-Saint-Martin* de París el drama *¿Quo vadis?*, obra arreglada á la escena francesa por Emilio Moreau, con autorización de Enrique Sienkiewicz, autor de la novela neroniana.

El arreglo de Moreau obtuvo éxito ruidoso y la «mise en scène» llamó poderosamente la atención de los espectadores.

En la presente edición reproducimos las escenas del incendio de Roma, el circo, de los mártires y aquella en que Petronio, *arbitrarius elegantiarum*, poeta y artista, sorprende á la joven Eunice, esclava corintia, besando la estatua de su dueño á quien ama.

Junto con estas ilustraciones aparecen también las que representan á Nerón, en diferentes escenas, interpretado por Duquesne; á

Glauco por Garay,
Vitelio por Dulac,
Chilón por el célebre Coquelin,
Ligia por la Laparcerie,
Popea por la Darthy, y
Eunice por la Mieris.

Completa la información gráfica el retrato del autor del drama, Emilio Moreau.

Como sucedió no ha mucho con Rostand, después de los triunfos repetidos de *Cyrano de Bergerac*, también Sienkiewicz ha sido acusado de plagio. Pero parece que tales acusaciones, en vez de disminuir, convergen á acentuar la popularidad de ambas celebridades.

Cuando hace poco, nos ocupamos del ilustre novelista polaco, apuntamos junto con las alabanzas que había merecido *¿Quo vadis?*, las

maliciosas insinuaciones de la crítica en su afán de buscarle analogías á la novela con otras de la misma índole que antes se habían publicado.

Y puesto que damos cuenta de *¿Quo vadis?* transformada en drama, creemos de oportunidad dar á conocer á nuestros lectores una nueva pieza del proceso contra la novela; y al efecto traducimos, para agregarlo al pie de estas líneas, lo que Mauricio Muret dice acerca del plagio que se atribuye á Sienkiewicz.

SIENKIEWICZ Y BULWER LYTTON

De todas partes se elevan hoy voces denunciando los modelos y las fuentes del *¿Quo Vadis?* de Sienkiewicz, ensalzando los prototipos á expensas de *¿Quo Vadis?* mismo. Se aproxima la hora en que el ilustre escritor polaco oír que le tratan de plagio y en que no se le reconocerá otro mérito sino el de haber felizmente combinado diferentes rasgos tomados del *Satyricon*, de *Fabiola*, de *Melenis*, del *Acté* de Dumas padre y del *Antecristo* de Ernest Renan.

Aun no he visto señalada la analogía de *¿Quo Vadis?* con la obra del novelista inglés Bulwer Lytton: *Los Últimos Días de Pompeya*. Y no obstante, la semejanza que existe entre estas dos obras es sorprendente.

Los Últimos Días de Pompeya no es sino un *¿Quo Vadis?* en doscientas cincuenta páginas, lo cual constituye la única superioridad de la novela inglesa sobre la novela polaca. La relación de Bulwer Lytton se efectúa en Pompeya, en tanto que Sienkiewicz ha colocado la escena de su obra en Roma. Este nos muestra la vida de la capital en el siglo primero de la era cristiana; aquel nos hace asistir á escenas de la vida provincial hacia la misma época; por otra parte, en el reducido teatro de Pompeya, las pasiones desencadenadas, las maquinaciones y las intrigas son de la misma naturaleza que en Roma.

En los personajes de una y otra novela, se observa pues, un singular paralelismo, si bien es verdad, que no se vacila en reconocer en los del escritor polaco un realce, una grandeza y un «estilo» que no se encuentran en los del novelista británico.

En la obra de Bulwer Lytton, Petronio—el adorable Petronio de *¿Quo Vadis?*—figura bajo el nombre de Salustio, silueta bastante pálida de patricio voluptuoso, diletante amable y cruel, que ahoga en libaciones excesivas de vino de Falerno, la desesperación que le causa la muerte de los dioses. Un festín de aparato casa de Diómède en los últimos días de Pompeya, tiene igualmente analogía con el gran banquete neroniano de *¿Quo Vadis?* El simpático grupo representado aquí por Vinicius y Lygia, figura en la novela inglesa por una pareja igualmente superior á la sociedad que los rodea: Yone y Glauco.

Glauco es un joven griego, bello y rico. Por amor á Yone, renuncia á la vida de placer que llevaba, y en lo sucesivo no tiene sino un deseo: conquistar el corazón de aquella joven cristiana tan pura y tan virtuosa. Obstáculos casi insuperables se oponen á su designio. Yone es la pupila del sacerdote de Isis, del todopoderoso Arbaces, quien ha jurado hacer de ella su esposa. Arbaces se indigna con el éxito de su rival y trata de envenenar á Glauco. Esta tentativa fracasa, y entonces Arbaces hace encerrar al joven griego en una prisión, bajo el pretexto de haber asesinado á un sacerdote de Isis. Glauco es condenado á ser entregado á las fieras. En su prisión, tiene por compañero de infortunio á Olinto, sacerdote cristiano, igualmente inocente, quien lo consuela y lo exhorta. Y los discursos de este hombre santo terminan la conversión del griego. Glauco recibe el bautismo. Glauco morirá cristiano. El día del suplicio, en presencia de la plebe sanguiñaria, lo entregan á un león hambriento; pero en

aquel instante, un milagro inaudito se efectúa: la bestia feroz, rugiendo, huye ante su víctima y entra en su jaula. Y este retardo providencial permite á Salustio probar la inocencia de su amigo Glauco, y denunciar á la vindieta pública el verdadero culpable, el orgulloso Arbaces. La muchedumbre grita encorizada: «¡Muerte á Arbaces!» y se dispone á precipitar al sacerdote de Isis en la arena cuando, de súbito, un cataclismo histórico se produce: la erupción del Vesubio, cuya magistral descripción podría muy bien haber sugerido á Sienkiewicz su cuadro del incendio de Roma. Además, *Los Últimos Días de Pompeya*, como *¿Quo Vadis?* «terminan bien.» Tanto en uno como en otro, los dos simpáticos protagonistas, convertidos al cristianismo, se unen por los lazos del matrimonio y viven felices lejos de sus enemigos.

¿De esto que se ha dicho, se deduce que existe una imitación directa de Bulwer Lytton por Sienkiewicz? No lo creemos así. Al contrario: si se nos asegura que el escritor polonés ignora la obra del novelista inglés, no nos causaría gran sorpresa. Las diferencias de las dos novelas no son menos considerables que sus analogías.

En fin, si existe en la novela inglesa más gusto y más cultura, se encuentra la marca del genio en el gran poema polaco.

«Acéptala»

En el alma de Colombina no palpita aún el sentimiento del amor; pero en cambio sabe inspirar simpatías y corresponder á ellas. Pierrot tampoco sabe todavía conjurar el «eterno verbo», pero una fuerza para él desconocida lo conduce á ser galante y afectuoso. ¿Qué homenaje mejor para Colombina que una flor? De la flor tiene ella el encanto y la pureza.

La gracia infantil tiene también fuerza de seducción. Y es en ella que estriba el principal mérito del lienzo de von Blaas.

Paseo de campo

La sencillez rústica y la franca naturalidad de la escena evidencian en el pintor español firmeza de observación y pleno dominio de su arte para interpretar vivamente la realidad.

Noruega

Cuanto queda de la antigua Cristianía, quemada en 1.624, es el *Viejo Opslo*. La ciudad moderna, fundada por Cristiano IV, está bellamente edificada al rededor del puerto, y preciosas casas de campo rodean la población. El puerto es extenso y seguro, pero bloqueado por los hielos durante cuatro meses del año.

La calle principal es la de Carios Joanes. De un lado hermosos edificios; del otro, parques y jardines; y en el fondo, el Palacio Real, severamente elegante.

El 17 de mayo último se celebró solemnemente el aniversario de la independencia de Noruega, presidiendo el príncipe heredero la inauguración de la estatua de Nordens Kjøld.

Coqueta

Su rostro expresivo refleja el natural deseo de la mujer á inspirar afectos ó simpatías. La velada sonrisa de sus labios entreabiertos posee la amable fuerza de la seducción y su mirada, elocuentemente imperiosa, atrae como el abismo y abrasa como el incendio. Si de sus labios brotase una palabra, sería palabra de amor, himno de juventud, canto de vida.

La Oelna

No es una desconocida para nuestros lectores, por la sencilla razón de que vivimos al corriente de los grandes sucesos en los teatros de París. En más de una ocasión, esta misma Revista y uno que otro diario de la capital, han dado cuenta de los triunfales éxitos de la notable cantante,

cuyo caballo de batalla, como se dice en la jerga de bastidores, es la *Carmen* del maestro Bizet.

Actualmente la Delna amplía la esfera de su notoriedad, como protagonista del *Ouagan*, drama lírico en cuatro actos de Emilio Zola y Alfredo Bruneau, estrenado en la «Opera Cómica» la noche del 30 de abril último.

CIENCIA AMENA

LAS VARIAS PENAS DE MUERTE EN CHINA

Los chinos son más pleitistas que los gallegos, y un principio de la justicia de su país es que conviene maltratar á todo el que acuda á los Tribunales.

A cuantos van á un Tribunal, sea en clase de acusados, ó de testigos, ó de demandantes, se les obliga á permanecer todo el tiempo arrodillados ó á cuatro pies. Además, si no contestan á satisfacción á las preguntas que les hacen el juez ó el presidente, este funcionario manda que den al testigo varias raciones de palos ó de bofetadas, que no suele bajar de trescientos ó de cuatrocientas. Verdad es que los cientos de palos ó de bofetadas se componen sólo de setenta y cinco, mediante una propina á los verdugos. A las mujeres no se les dan palos, pero sí bofetadas con un zapato. Además de esto, emplean los jueces infinidad de tormentos más crueles que los de la Inquisición, y sucede con frecuencia que el interrogatorio de un preso ó de un testigo dura muchas horas, porque hay que interrumpirlo varias veces para nuevos castigos ó nuevos tormentos.

Las penas de muerte son tres: la estrangulación, que es la menos infamante, la decapitación, y por último cortar el cuerpo en infinidad de pedacitos, pena esta última que sólo se aplica en los casos de alta traición, parricidio ó crimen contra la familia imperial.

La estrangulación se hace pasando una cuerda alrededor del cuello de la víctima y metiendo en ella un palo, al cual se va dando vueltas en torniquete hasta que se produce la muerte: es, como se ve, una especie de garrote. La decapitación se hace con un mandoble: el criminal se arrodilla, con las manos atadas á la espalda, y un ayudante del verdugo le obliga á tener la cabeza baja tirándole por delante de la trenza.

Como Confucio enseñó que el primer deber del hombre era devolver el cuerpo intacto á los antepasados, los amigos de los criminales decapitados pagan á veces grandes cantidades de dinero para que se les permita volver á coser la cabeza al resto del cuerpo de los criminales decapitados antes de enterrarlos. El permiso no se consigue sino con la circunstancia de coser la cabeza al revés, con la cara mirando á la espalda.

Algunas veces se otorga á los condenados la distinción de invitarles á que se suiciden, pues el suicidio es considerado como menos infamante que la muerte por mano de verdugo. En esos casos la víctima recibe una caja de laca, envuelta en un paño de seda amarilla, el color imperial. Dentro de la caja hay una cuerda de seda blanca. Si esta sencilla pero elocuente invitación no ha sido comprendida, dentro de las veinticuatro horas el verdugo hace su oficio.

No hay abogados, pero las leyes chinas son innumerables y existe una clase de personas llamadas «rebuscadoras», que se dedican á buscar algún precedente que pueda salvar al acusado y á ponerlo en conocimiento del presidente del Tribunal. Estos rebuscadores lo que hacen en la mayoría de los casos es sobornar á los jueces por cuenta de los acusados.

LA MUJER MÁS EXTRAÑA DEL MUNDO

Hay en el mundo una mujer que desde hace veinticinco años realiza los siguientes prodigios:

Anuncia con bastante anticipación las tormentas, los accidentes y los incendios.

Describe minuciosamente las personas que llaman á la puerta de su casa antes de que abran la puerta y permaneciendo ella en su habitación.

Dice con la mayor exactitud la hora que es, sin necesidad de ver el reloj.



Lee los libros sin abrirlos.

Si se le enseña el dorso de la fotografía, dice en el acto de quién es el retrato.

Aunque es ciega, borda perfectamente y sabe el color de las sedas y de los estambres que usa.

Ve al través de las paredes de su cuarto y describe á las personas que se encuentran en la habitación inmediata.

Adivina el nombre de la persona que por primera vez va á verla y la describe con todo detalle.

Lee en el pensamiento de todo el mundo.

No duerme nunca; lo único que hace es quedarse en éxtasis ó en estado de catalepsia con mucha frecuencia.

No nos permitiríamos publicar estos detalles si no estuviesen garantizados por varios hombres de ciencia, entre ellos el profesor West y los doctores Fleet Speir, Ormiston, Mitchell, Hutchinson, el juez Dailey y otros. Y aun así . . .

¿Quién es esta mujer extraordinaria?

Es sencillamente una cataléptica, parálitica, ciega, y probablemente histérica en alto grado. Pero las cosas que hace tienen maravillados y confusos á los hombres de ciencia, que no aciertan á explicarse tan misterioso fenómeno. No se trata de una mujer vulgar, sino de una señora de buena familia que hizo estudios superiores y se graduó siendo muy joven en un colegio de Brooklyn. Teniendo 16 años un caballo la tiró y la arrastró dejándola muy mal parada. Cuando estaba ya casi restablecida, se cayó al arrojarse de un tranvía, y enganchándose en éste, fue arrastrada durante más de cien metros. Las heridas que recibió entonces fueron tan tremendas, que durante nueve años se encontró casi constantemente entre la vida y la muerte, sufriendo terribles ataques de catalepsia, y perdiendo poco á poco el sentido del tacto, el oído, la vista y el uso de la palabra, además de quedarse por completo parálitica. Andando el tiempo recobró el tacto, el oído y la palabra, así como el uso de las manos. Ocurrieron estas desgracias en los años 1864 y 1865. Diez años después empezó á revelar sus facultades extraordinarias de doble vista. A lo mejor decía: «Mi amiga María está ahora saliendo de su casa y viene á verme»—y en efecto, á los pocos minutos su amiga se presentaba. Muchas veces la daban dentro de un sobre cerrado y sellado una carta hecha pedacitos: Miss Fancher, que así se llama esta señora, escribía inmediatamente en su pizarra una copia de la carta. Otra prueba que se ha hecho con ella es la de arrancar á un libro una hoja, partirla en pedazos y meter éstos en un sobre dejando fuera algunos: Miss Fancher reproducía cuanto decían los pedazos después de reconstituidos y omitiendo las palabras contenidas en los pedazos que faltaban. Por este estilo podríamos citar una porción de hechos verdaderamente extraordinarios. Barnum la ofreció una suma fabulosa para que se dejara exhibir en público, y

la ofreció poner además á su disposición un coche salón lujosamente alhajado para sus viajes y alojarla siempre en los principales hoteles. Miss Fancher rechazó indignada este ofrecimiento, de igual modo que se ha negado á someterse al estudio de una comisión de hombres de ciencia. Aborrece todo lo que es publicidad, y una de las cosas que más lamenta es el llamar tanto la atención.

Ella misma no se explica el misterio de su segunda vista, y lo único que dice es que á veces la parece estar ausente de su cuerpo y hablando con otras personas; y añade que los objetos materiales no parecen ofrecer obstáculo alguno para ella, pues ve á distancia á través de ellos, cual si estuviese dotada de una especie de rayos X.

Es muy cristiana, muy creyente y tiene todas sus esperanzas puestas en morir pronto: á pesar de lo cual lleva, como hemos dicho, 25 años en tan lamentable estado.

Es el mayor enigma psicológico que se conoce.

UNA PLANTA QUE TOSE

La ciencia moderna ha demostrado que las plantas no se diferencian de los animales tanto como se creía.

La respiración de los vegetales presenta, sobre todo, particularidades muy curiosas.

En la cara inferior de las hojas y de algunos tallos hay millares de bocas microscópicas, cada una de las cuales se abre y se cierra, y está provista de dos labios móviles. Estas aberturas son la salida de canalitos llenos de vapor de agua, de aire y de otros gases producidos por las transformaciones químicas que acompañan al crecimiento.

La vid llamada vulgarmente «planta que tose» y que en botánica lleva el nombre de *Eutada tussiens*, es indígena de los países tropicales húmedos. Pero á consecuencia de haber sido transportadas accidentalmente sus semillas, ha ido extendiéndose é invadiendo regiones menos cálidas, y estableciéndose sobre todo en las vías férreas, donde prospera y soporta muy bien las sequías.

Hay sin embargo una cosa que esta planta no puede soportar, aunque en sus emigraciones ha demostrado grande resistencia: es el polvo.

Cuando sus poros se obstruyen de polvo, los gases se acumulan en los canalitos de las hojas y acaban por salir como una diminuta explosión que es un verdadero paroxismo de tos y de estornudo que se oye perfectamente, y que hace temblar violentamente á la hoja. Y lo más curioso es que cuando se realiza este fenómeno, toda la planta toma un tinte tan rojizo como una persona cuando hace un esfuerzo grande ó cuando tiene un golpe de tos.

La eutada se cultiva también como planta de salón, y basta barrer la habitación donde está para provocar en ella accesos de tos, con asombro de las personas que lo ven y que no conocen el fenómeno.

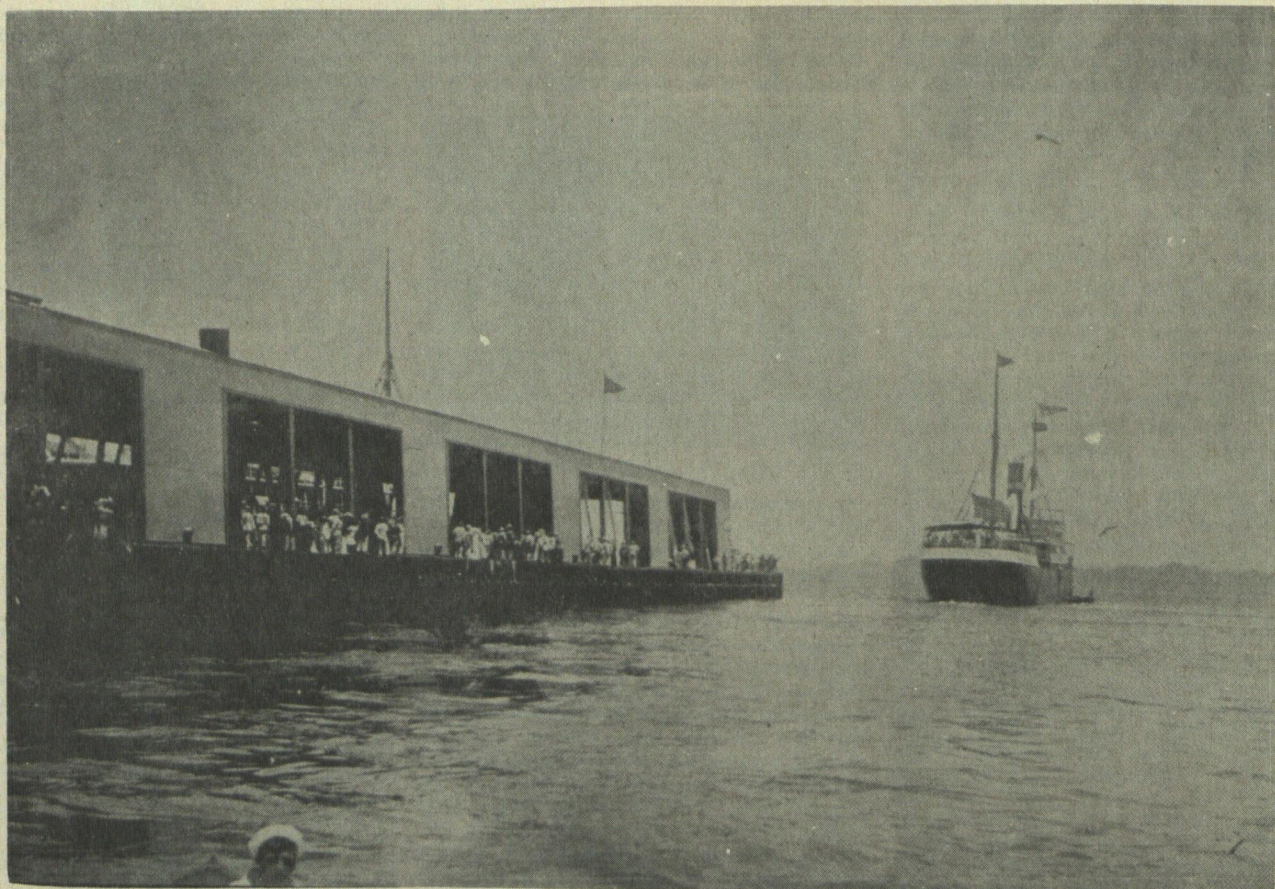
PROPIEDADES MAGNETICAS DE LOS LADRILLOS

Con motivo de los experimentos hechos por Gage y Lawrence para comprobar cuáles son los ladrillos que convienen para la construcción de laboratorios de física y demás edificios donde se ha de tener en cuenta el magnetismo, se han hecho descubrimientos curiosos acerca de la naturaleza de los ladrillos.

Los ladrillos oscuros ó rojos tienen propiedades magnéticas muy señaladas y tan fuertes que pueden ejercer influencia sobre los instrumentos de física.

En cambio los ladrillos blanquecinos ó amarillentos son mucho menos magnéticos.

Esta extraña propiedad de los ladrillos rojos y oscuros debe atribuirse á la presencia de óxidos de hierro magnético que se presenta mezclado en la arcilla que sirve para fabricarlos ó que se forma por el calor al cocerlos.



Muelle de Puerto Rico — Incendiado el 30 de abril de 1901, á las 5 y 10 p. m.



Incendio del muelle de Puerto Rico — A las 5 y 20 p. m. los oficinistas se habían tirado al mar para salvarse



Incendio del muelle de Puerto Rico — A las 5 y 30 había desaparecido el edificio



Muelle de Puerto Rico: Al día siguiente del incendio

SECCION RECREATIVA

¿Qué distancia puede alcanzar con la vista un hombre subido en la cima de una alta montaña?

En un día claro, un hombre subido en lo alto de una montaña que tuviera 8.134 metros, ó sea poco más de 8 kilómetros sobre el nivel del mar, podría alcanzar con la vista una distancia de trescientos setenta kilómetros en redondo. Para ver objetos colocados á la mitad de esta distancia, el observador tendría que estar á unos 2.033 metros sobre el nivel del mar. La distancia en millas (1.852 metros) desde la cual es visible un objeto colocado en la superficie de la tierra, es igual á la raíz cuadrada de vez y media la altura del observador sobre el nivel del mar. Este cálculo no siempre es exacto, porque hay que tener en cuenta la refracción atmosférica, cuyos efectos varían según la altura y la influencia del estado de la atmósfera, pero aun así el error es muy pequeño.

¿Cuál es la potencia de la luz de la luna?

Tomando como unidad la bujía, como para las lámparas eléctricas, la potencia de la luz de la luna es de menos que la mitad del de una simple cerilla colocada á 40 centímetros de distancia del observador. El calor que la luna emite es igual al que transmitiría una bujía encendida y colocada á 235 metros de distancia. Los rayos de nuestro satélite dan muy poco calor; se ha llegado á comprobar que su temperatura es de unos 0 grados centígrados.

La potencia luminosa del sol es unas trescientas mil veces mayor que la luz reflejada por la luna. La luna llena refleja solamente la tres milésimas partes de la luz del sol. En cuanto al calor que se recibe de esta refracción, el profesor Boys calcula que es igual al de una bujía colocada á 6 metros 40 centímetros de distancia del observador.

Los gusanos de la nieve

En el libro que con el título de *Ascensiones al monte de San Elías* acaba de publicar en Londres Filippo de Filippi, se confirma la existencia de un curiosísimo anélido que ya había sido observado por Russell.

Este naturalista lo encontró en un ventisquero de Malaspina, y Filippo de Filippi en los del monte de San Elías.

Los tales gusanos cubren literalmente la nieve durante la noche y se ocultan debajo de ella en cuanto empiezan á sentirse los efectos de los rayos del sol.

Generalmente, mientras hay sol, se entierran tan profundamente en la nieve, que no se les encuentra á profundidad menor de 50 centímetros.

Se ha estudiado la anatomía de este curioso animal amigo del frío; pero sus costumbres son todavía poco conocidas, y lo mismo puede decirse de su origen y sus alimentos.

Un fusil para disparar á la vuelta de la esquina

Ioulten, el inglés que no hace mucho inventó el infrascopo, ó sea los gemelos que permiten ver por encima de las tapias ó de cualquier obstáculo, ha completado su obra con un fusil que puede disparar también por encima ó por el lado de cualquier obstáculo sin necesidad de que el tirador se ponga á la vista ni exponga el cuerpo.

La aplicación es muy sencilla.

Ha adaptado el infrascopo en forma reducida á la mira del fusil, y á éste adapta además una culata suplementaria de quita y pon.

La culata movable es la que se aplica sobre el hombro, mientras que la estable viene á quedar á la altura de la cabeza del tirador ó un poco más alta. El juego de espejos del infrascopo permite al tirador ver desde abajo ó desde el costado y apuntar con tanta precisión

como si tuviese el cañón del fusil al nivel de los ojos.

Con esa arma se puede tirar sobre el enemigo sin que éste pueda ver quien dispara.

El fusil ha sido adoptado por muchos de los ingleses que combaten en Africa, y no cabe duda de que podrá prestar también muy buenos servicios para la caza.

¿Qué gente no entierra á sus muertos?

Los aborígenes de las islas Chatham arrojan los cadáveres al mar. Cuando muere un pescador le colocan en la mano una varita, lo meten en un bote y lo echan al mar.

En algunos pueblos de la antigua Escandinavia, cuando muere un jefe lo colocan con mucha pompa y ceremonia en su lancha de guerra, y también lo echan al mar. Los dyaks hacen cosa parecida: cuando muere un jefe, lo meten en la canoa con sus armas favoritas, y lo dejan á merced de las olas. En algunas tribus de la Guinea y de la costa occidental del Africa intertropical, echan los muertos al mar, porque creen que al hacerlo así separan el espíritu del cuerpo.

¿Cuál fué la primera Academia literaria que hubo en España?

La primera Academia se fundó en Madrid el año 1585 y se tituló *La Imitatoria*. En ella figuraban ilustres poetas, entre ellos Lupericio Leonardo de Argensola que tomó el nombre de *Bárbaro* aludiendo al de la señora doña Mariana *Bárbara* de Albiñón, de quien estaba enamorado y con quien se casó en 1587. Y ya que hemos dado cuenta del galante pseudónimo de Lupericio Argensola en dicha Academia, añadiremos que su conducta tuvo muchos imitadores, como el cambio de nombres ya fue costumbre adoptada muchos siglos antes, en Francia, en la escuela del palacio de Carlos magno, donde éste se llamaba «David» y Alcuino «Horacio.» En la época del Renacimiento, la tradición clásica no permitía hacer públicos los nombres de las mujeres amadas por los escritores, y éstos la immortalizaban bajo otro nombre: así Montemayor en su «Diana,» Lope de Vega en su «Dorotea,» Montalvo en su «Fílica,» Cervantes en su «Galatea,» Garcilaso en su «Camila,» Cortereal en su «Leonora,» Figueroa en su «Filis» y Camoens en su «Violante,» retrataron las damas predilectas de su amor. La Academia *La Imitatoria* duró menos de cinco años. La de los *Nocturnos* se fundó en Valencia en 1591 y *La Imitatoria*, de Madrid, desapareció.

Varia

Entre los muchos servicios que los rayos Roentgen prestan, figura el del análisis de los alimentos. En las fotografías que se han sacado de harinas extendidas sobre cristal, se ha notado la presencia de minerales que las adulteraban por ser los metales opacos á los rayos y producir motitas en la fotografía.

En Inglaterra, de cada cien mujeres sólo llevan pendientes dos.

El cementerio más grande del mundo es uno de Roma, en el cual se han enterrado ya más de seis millones de personas.

En una antigua historia de Roma se citan los precios que se pagaban por los esclavos en los buenos tiempos del imperio. Por regla general un bracero costaba una cantidad equivalente á 500 bolívares de nuestra moneda; pero después de conquistar una provincia, el número de esclavos aumentaba y los precios descendían á 8 ó 10 fuertes. Después del sitio de Jerusalén por Tito, el precio de los esclavos bajó á seis fuertes. Los que tenían algún oficio valían más. Por ejemplo, un jardinero costaba 1.900 bolívares, un herrero 4.600, un buen cocinero, á veces 16.000. Un actor ó una actriz 30.000 y un médico 60.000.

Calcúlase que la fuerza que desarrollan todas las máquinas que hay en Inglaterra, es igual á la labor manual de 4.000.000.000 de hombres, cuya cantidad es más del doble del número total de habitantes del mundo.

La fabricación de fósforos se ha perfeccionado tanto, que hoy día hay máquinas que producen 10 millones de cerillas diariamente.

El Específico de la Tuberculosis.

De todas las especialidades farmacéuticas conocidas ninguna es tan agradable al paladar, tan indispensable á la salud y de reputación tan sólida como la Emulsión de Scott.

Ningún medicamento la aventaja en eficacia. La fama de que goza tan mercedamente no ha sido disputada por ninguna otra sustancia farmacológica; los médicos de todo el mundo la preconizan como el más excelente agente terapéutico contra la tuberculosis, la escrófula, el raquitismo, el linfatismo y todas las enfermedades que reducen el organismo á la miseria fisiológica. La

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y Sosa

casi puede decirse y no sin razón que es el específico de la tuberculosis, especialmente cuando se usa á tiempo. Tales son sus admirables resultados en esta común enfermedad.

Exíjase la legítima.

De venta en las Boticas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILLORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



En Alemania, los vagones de los ferrocarriles del Estado están pintados de igual color que los billetes de las respectivas clases. Los de primera clase son de color amarillo, los de segunda verdes, y los de tercera blancos, que son los mismos colores de los billetes.

De los gritos de los animales ninguno se aproxima tanto a la voz humana como el de la foca cuando lamenta la pérdida ó captura de sus hijos. Este grito se parece mucho al de una mujer presa de un gran dolor.

La velocidad de las pulsaciones es de 120 por segundo en la infancia, 80 á la edad viril y 60 en la ancianidad.

Las antiguas poblaciones griegas eran famosas por la gran cantidad de alimento, y sobre todo de bebida que sus habitantes consumían. En aquellos tiempos la glotonería y el exceso de bebida eran tan corrientes, que las personas que no se entregaban á tales excesos se las consideraba como seres infelices, pues ambos vicios, lejos de ser despreciables, constituían una cualidad digna de alabanza. Por tal causa se promulgó una ley que ordenaba que los jueces sólo podrían escuchar y decidir las causas antes de comer. Los antiguos bretones siguieron el ejemplo de los romanos, y á sus magistrados los conservaban encerrados, sin probar gota de alcohol ni bocado de comida, hasta que habían decidido el veredicto de una causa cualquiera.

Solamente hay dos clases de alimentos que contengan todas las substancias necesarias para la vida humana. Estos alimentos son la leche y la yema de huevo. Con sólo estos dos puede vivir un hombre en perfecta salud toda la vida.

Si se quiere tener colgado delante del balcón un trocito de jardín aéreo, cójase una esponja de buen tamaño y llénese de arroz, cebada, cañamones, alpiste y otras semillas de fácil germinación, y colóquese en un plato donde haya siempre un poco de agua. Las semillas no tardarán en brotar, y entonces se puede suspender la esponja delante de la ventana en disposición de que la dé un poco de sol; regándola todos los días un par de veces para conservarla húmeda, se la verá pronto cubierta por una masa de verdor que constituirá un bonito adorno.

Un estadístico hace la sorprendente aseveración de que las muchachas que tienen la nariz remangada son las que más pronto se casan y tienen más suerte en la elección de marido. Las muchachas con nariz de tipo griego ó romano, no obstante ser ésta la de belleza clásica, son las que tienen menos suerte en el matrimonio.

No es fácil quitar las manchas de la franja. Puede, sin embargo, ensayarse el siguiente pro-

GARGANTA
VOZ y BOCA.

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación producida por el Tabaco, y especialmente á los SNT. PNEUMONÍAS, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA
DE LA

SANGRE

VINO DE BELLINI
con QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebre s, Nevroses, Palidez y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
DEL

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

cedimiento: bátase una yema de huevo y añádase una cucharadita de glicerina; mójese la mancha con esta mezcla y déjese secar; lávese ligeramente y, si es necesario, repítase la aplicación.

Las vasijas que han servido para leche deben ser enjuagadas con agua fría antes de limpiarlas con agua caliente, porque ésta hace penetrar la grasa de la leche en el interior.

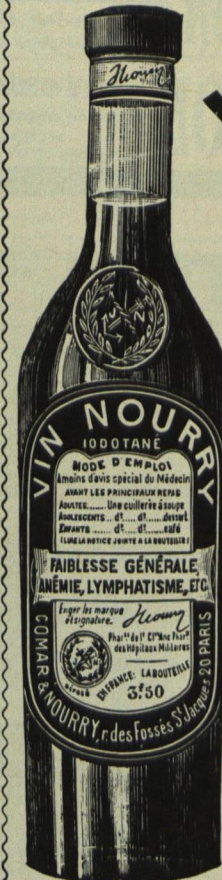
Para secar la franja que se haya lavado, tiéndasela siempre en la sombra, porque el sol la hará encogerse demasiado.

Para hacer incombustibles las telas de las cortinas que hay que poner cerca de velas ó de la chimenea, no hay más que impregnarlas en una disolución de tungstato de sosa.

Uno de los mejores engrudos para pegar etiquetas se hace mezclando media libra de harina con 4 onzas de azúcar blanca. Encima de la mezcla se va echando poco á poco agua hirviendo y revolviendo la pasta para que no se apelote.

Teniendo en cuenta su tamaño, los seres más fuertes de la creación son los insectos. Hay escarabajos que pueden levantar un peso quinientas veces mayor que el de su propio cuerpo.

El Nilo no recibe agua de ningún afluente en un espacio de más de 2.400 kilómetros.



F. COMAR & FILS
PARIS

VINO NOURRY

YODOTÁNICO

à la vez

Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL

ANEMIA

LINFATISMO

ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc).

SE VENDE

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

Al escapar de un fuego lo mejor es andar á gatas por la habitación donde se desarrolla el incendio, y poner la cara lo más cerca posible del suelo. Como el humo asciende, hay siempre una corriente de aire más puro cerca del suelo, lo cual facilita mucho la respiración.

Un médico dice que muchos perfumes favorecen á la salud destruyendo microbios de enfermedades. Los mejores para este objeto son los del tomillo, limón, menta y espliego.

Un oculista declara que el cigarro es el mayor enemigo de la vista para la gente joven.

Un doctor asegura que las mujeres son menos sensibles al dolor que los hombres y que en los niños esta sensibilidad es menor, yendo en aumento hasta los 24 años y decreciendo después. Los degenerados son menos sensibles que los de raza fuerte.

Las patatas crudas rayadas son uno de los mejores remedios contra las quemaduras.

« Ars cum natura ad salutem conspirant. »

Las grasas son de ordinario de sabor desagradable y repulsivo para las personas enfermas. Además, cuando se toman crudas tienen cierta tendencia á producir trastornos gástricos sobre todo tratándose de enfermos débiles.

La "Emulsión de Scott" de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, es una combinación tan ingeniosa como perfecta, tan útil como agradable. El sabor nauseabundo del aceite desaparece, los enfermos la toman fácilmente, y no produce náuseas ni diarrea como acontece con el aceite puro de bacalao.

Mérida, Venezuela, febrero 12 de 1894.

El suscrito Médico Cirujano certifica: que ha empleado con frecuencia la "Emulsión de Scott" en todos los casos en que están indicados los reconstituyentes.

DOCTOR NAPOLEÓN F. CORDERO.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

**POUDRE, SAVON &
CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Rehúse los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



**LA
VELOUTINE**

Polvero de Arroz especial preparado con Bismuto
**HIGIÉNICO,
ADHERENTE,
INVISIBLE**

MEDALLA DE ORO, Exposición Universal PARIS 1900
CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris
(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia del 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO
CREMA VELOUTINE, nuevo Coldcream.
CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ
ROJO y BLANCO en chapetas.
Los Productos de **CH. FAY** se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

LÁPICES especiales para empujear pestañas y cejas.
BLANCO de PERLA en polvo, blanco, rosco, Rachel.
POMADA ROJA para los labios, en botes y en rollos.

**JARABE
AUBERGIER**

**TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO**

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN y COMAR — PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

y la Dirección

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte,
PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden
tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

**PÍLDORAS
MOUSSETTE**

*Neuralgias
Jaqueca
Ciática.*

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

607

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio las **ENFERMEDADES DEL PECHO**
más eficaz las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**
para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

S'adresser exclusivement
pour toute la publicité fran-
çaise à Mr. A. Lorette, Di-
recteur de la Société Mutue-
lle de Publicité — 61 Rue
Caumartin — Paris.

Alimentación de los Niños
y Enfermos



Racahout —
— de los Arabes

DELANGRENIER

70 años de buen éxito



USOS PRINCIPALES
DE LA
PHOSPHADINE FULLIÉ

DE LA
"MOORTON FOOD COMPANY"
Producto recomendado por los primeros
facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la Anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :

Bs. 2,50

ALIMENTO COMPLETO

DE

Fácil digestión para todas las edades

de la vida

PHOSPHADINE FULLIÉ

CARACAS LONDRES

1900

Exíjase la firma :

Fullié & Ca.

CARACAS

y la marca registrada : Cruz blanca

N. B. — Consérvese la latencia siempre tapada y en lugar seco.